

CUADRO GENERAL
DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN 1896



Los latinos llamaban á un período de quince años *grande ævi spatium*, sólo en consideración á la vida humana: para las instituciones, los imperios y los pueblos, para la Iglesia católica, un año aporta modificación escasa: así nada tiene de extraño que al primer aspecto, cuando se considera el apostolado de un año á otro, halle uno dificultades para trazar su historia. Nada marcadamente nuevo se presenta; Dios continúa lentamente la obra de la regeneración del mundo, pues es dueño de la eternidad. Mientras los hombres se apresuran, El hace su obra sin sacudimientos y según el plan sabiamente concebido por su soberana Providencia. Cierto que se sirve de obreros para el cumplimiento de sus designios, como un general se sirve de soldados; pero en un ejército ¿qué importa un soldado que cae ó un soldado que se recluta?

Sin embargo, como repetidas veces lo hemos hecho observar, lo que distingue la historia de la Iglesia en estos últimos tiempos, es la preponderancia cada vez más visible del Pontificado en Europa y sobre todo en Oriente. Sabido es que la vuelta á Roma de la mayor parte de las Iglesias cristianas es el objeto que persigue en estos momentos León XIII. Conocidas son igualmente las Encíclicas que ha dirigido á los Obispos orientales y al pueblo católico de Inglaterra. Aunque la obra de reconciliación sea muy laboriosa, los resultados obtenidos hasta ahora distan mucho de desalentar al que la ha emprendido. En Inglaterra como en otros países, en efecto, la palabra del Soberano Pontífice ha sido recibida con respeto no sólo por los partidarios de la unidad cristiana, sino también por los antiguos adversarios del *Papismo*, como Mr. Gladstone.

Tenemos á la vista, en el momento que escribimos estas líneas, la Memoria del ilustre hombre de Estado sobre la cuestión de la validez de las ordenaciones anglicanas, cuestión sometida entonces por León XIII á una Comisión cardenalicia. Séanos permitido decirlo, á pesar de la decisión dogmática y precisa de la Corte de Roma, nada más admirable, en nuestro tiempo de escepticismo ligero, que el espectáculo ofrecido por los

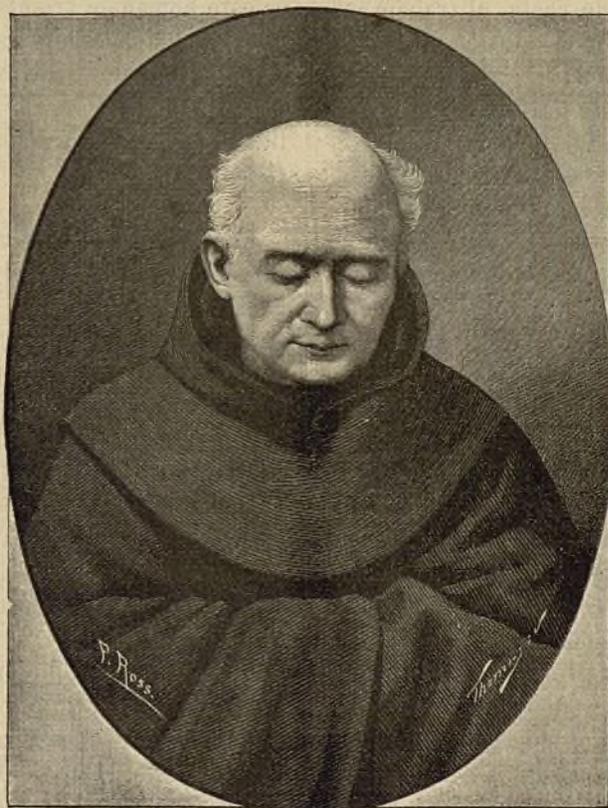
dos más célebres ancianos de nuestra época, León XIII y Mr. Gladstone. Llegados á los últimos límites de la vida, ambos dan muestra de una energía que no es ya de su edad. Infatigables y nunca desalentados, tienen constantemente un ideal que se esfuerzan por alcanzar. Como si las prolongadas esperanzas les estuviesen permitidas, como si les perteneciese el porvenir, ponen verdadera pasión en estudiar las grandes cuestiones del día y en buscar la solución de los más graves problemas. Exponiendo en su Memoria los argumentos que militaban, según él, en favor de la validez de las ordenaciones anglicanas, el antiguo Presidente del Gobierno inglés no puede menos de felicitar al Papa por su espíritu conciliador. «Cualesquiera que sean los resultados de la información cardenalicia, dice Mr. Gladstone, no tengo por mi parte la menor duda acerca la

actitud adoptada por el Jefe actual de la Iglesia romana. La iniciativa que ha tomado en estas circunstancias será uno de los últimos y más gratos recuerdos de mi vida; conservaré su memoria con tiernos sentimientos de respeto, de profunda gratitud y alto aprecio.» «¿Qué valor, dice en otra parte, debe tener un Papa; á qué punto debe elevarse sobre las violentas tempestades del espíritu de partido; cuán sincero amor debe profesar á todas las ovejas de Cristo, sean separadas, sean unidas; qué audacia no necesita para osar acercarse con deseos de paz á esa masa enorme de recuerdos odiosos y aun candentes... Aquel que se acuerda de un vaso de agua fresca dado á uno de sus pequeñuelos, recordará ciertamente esa tentativa que, desde su origen, está

rodeada de dificultades, como también de bendiciones.»

Reproducimos con complacencia estas palabras del grande hombre de Estado, pues nos consuelan de esas polémicas mezquinas y blasfemas de cierta parte de la prensa, y nos precaven contra los desalientos é impaciencias de católicos sinceros que, considerando tan sólo las dificultades del presente, así en Oriente como en las otras Iglesias separadas, siéntense tentados á llamar piosas utopías los esfuerzos y esperanzas de nuestro gran Papa. Olvidan con harta facilidad que la Iglesia cuenta con las promesas de Dios, que dispone del tiempo y escribe para la eternidad.

Desde estas alturas importa considerar los diferentes episodios que detienen ó aceleran los progresos del apostolado. Al lado, en efecto, de nuestras esperanzas,



V. P. Fr. José Areso. (Pág. 46)

y paralelamente con ellas, hemos sufrido en 1896 muchas contradicciones. *Sunt lacrymæ rerum!* decía en otro tiempo el poeta latino. Este adagio ¿no tiene su harto viva realización en esas matanzas sin nombre de Armenia, en esa indiferencia combinada de toda Europa ante una carnicería oficial que los anales del Paganismo y de la barbarie nunca alcanzaron en tan sangrienta realidad? ¿No se ha realizado también en esa catástrofe que, en el Japón, ha sepultado en pocos segundos toda una provincia, y unido en la muerte con su grey á un joven misionero de la Sociedad de Misiones Extranjeras, el R. Rispal? *Sunt lacrymæ rerum!* es la historia de las Misiones de Persia y Tunkín, víctimas de la inundación y del hambre. Mas, en cambio, saludemos los progresos realizados por los misioneros de toda nacionalidad, las nuevas estaciones fundadas, la paulatina desaparición de las separaciones producidas fatalmente por el espíritu de casta, el trabajo latente pero real que se cumple por la difusión de la doctrina católica y de la instrucción; la Iglesia, en una palabra, se presenta en medio de pueblos largo tiempo hostiles ó desconfiados, como la bienhechora de la humanidad, y á los ojos de los soberanos como la grande escuela de respeto. ¡Ah! ciertamente no es esto aún el triunfo; mas, para todo observador atento que sigue paso á paso, sin prevención, la marcha de nuestros misioneros en Asia, hace algún tiempo duplicamos las etapas, y los asociados á la Obra de la Propagación de la Fe pueden, con justo título, estar satisfechos de haber sido los auxiliares de Dios en el cumplimiento de sus misericordias.

La misma impresión de grandeza se nos impone cuando estudiamos la acción de la Iglesia en Africa. Allí también el progreso es visible: se ha restablecido la jerarquía sagrada entre los coptos, glorioso suceso que ha sido celebrado con espléndidas fiestas: los Padres Blancos y los misioneros de Mill-Hill continúan en Victoria-Nyanza esa asombrosa Misión en la cual, como en tiempo de Francisco Javier, los misioneros no bastan para administrar el santo bautismo. Cien mil fieles han sido conquistados, en efecto, en menos de veinte años, y eso á despecho, ó más bien á favor de una persecución sangrienta en la que los mismos niños fueron héroes, legión gloriosa que formará la escolta y la corona de su joven obispo Ilmo. Guillermain. Los Padres del Espíritu Santo, con el Ilmo. Augouard y el ilustrísimo Carrie, luchan contra el canibalismo y plantan la cruz en medio de tribus largo tiempo antropófagas, mientras que los Jesuitas del Zambeza, los Padres belgas del Congo, los misioneros de Mill-Hill, los Padres alemanes é italianos de Togolanda y Camerón, los Oblatos de María Inmaculada y los Oblatos de Troyes nos llenan de admiración por su perseverancia contra los obstáculos de todo género y por una confianza en el porvenir que cada día justifica.

Lo que ocurre al presente en Madagascar dista mucho de desalentarnos. Deploramos, es cierto, la muerte cruel del R. P. Berthier, asesinado por odio á la fe; recibimos con estupor telegramas anunciando la ruina y saqueo de ciento cincuenta estaciones católicas; pero por fin parece que Francia, instruída por una

cruel experiencia, no dará ya oídos en aquella isla á políticos sectarios y rencorosos, antes bien atenderá á estas palabras de Julio Simón; «Si Francia no perdiese sus fuerzas más vivas, si favoreciese sus Misiones como en otro tiempo, recobraría su antiguo prestigio, y sería la protectora de los oprimidos en el mundo entero.»

En América se ha tributado uno de los más conmovedores homenajes á un misionero jesuíta del siglo XVII, el R. P. Marquete. A petición y á costa del Estado de Wisconsin, la estatua del célebre apóstol y explorador se ha inaugurado solemnemente en el Capitolio de Wáshington, en presencia de Mr. Cleveland, presidente de la república de los Estados Unidos, de S. Emma. el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, y de gran número de notabilidades. Muy significativo es este homenaje tributado por la república norteamericana á un sacerdote católico, al misionero que construyó la primera cabaña en el emplazamiento que hoy ocupa la ciudad de Chicago, y que fué el primero en llevar el Evangelio á los tribus salvajes del Alto Missisipi.

Los Maristas, los Padres del Sagrado Corazón de Picpus y los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun continúan en Oceanía su fecundo apostolado; mas el suceso notable de la Iglesia australiana ha sido el segundo Sínodo de Sydney. Reuniéronse veintitrés Obispos bajo la presidencia del cardenal Moran, legado de la Santa Sede. ¡Cuán conmovedoras y venerables figuras entre aquellos apóstoles de la fe, y cómo, para todo observador concienzudo, aparece la vitalidad prodigiosa de la Iglesia católica! Nacida de humilde origen hace setenta años, ha alcanzado extraordinario desarrollo. Así un periódico protestante se hace eco del sentir general, diciendo:

«La sección católica romana de la población se regocija con justo título por el esplendor del segundo Sínodo nacional. Prueba incontestable del celo con que los jefes de esta rama de la Iglesia cristiana cumplen su cometido, lo es el hecho de que después de tan corto período de la historia australiana haya podido verificarse semejante reunión de Prelados. Cincuenta años atrás quien se hubiese atrevido á predecirla hubiera sido considerado como loco. Si el porvenir no desmiente el pasado, el Catolicismo romano tendrá capital influencia en nuestra vida nacional. Prendas de su progreso futuro son la infatigable energía con que sus ministros cumplen sus deberes y el éxito que responde constantemente á sus esfuerzos. Sus iglesias, como lo dice el Arzobispo de Adelaida, rebosan de fieles, y sus escuelas son insuficientes para los niños que las frecuentan. Todas las Memorias leídas sobre el estado de las parroquias están penetradas de viva satisfacción. ¡Cuán diferente es el tono de otras muchas ramas cristianas, que nunca acaban de lamentarse de la apatía é irreligión de sus adeptos!»

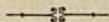
No podemos olvidar en este rápido cuadro á los venerados Obispos y admirables misioneros á quienes Dios ha llamado á su seno durante el año que acaba de trans-

currir: para todos pedimos oraciones. Entre esos queridos difuntos merecen recuerdo especial el superior de una Congregación, R. Armbruster, y el Ilmo. Rutje, que en Mongolia ha sido el honor de la católica Bélgica y de su valiente Congregación.

Para no dejar á nuestros lectores bajo una impresión de duelo, saludemos á uno de nuestros más insignes colaboradores, el Ilmo. Le Roy, á quien la confianza de sus compañeros acaba de llamar á la dignidad de superior general de los Padres del Espíritu Santo. Dícenos que le faltará en lo sucesivo tiempo para dedicarse á nuestra publicación. Confiamos, empero, en su extrema benevolencia y en su amor á la Obra de la Propagación de la Fe.

Esta querida Obra tiene mucha necesidad, sobre todo en la hora presente, del concurso y la abnegación de todos. Lleva casi todo el mundo en sus hombros, y á pesar de su incesante actividad, de la admirable caridad de los fieles y de los consoladores resultados obtenidos, puede decir como el Apóstol de las gentes: que una inmensa carrera tiene abierta ante sus pasos. Para recorrerla es preciso que los esfuerzos generosos de la tierra se mezclan más que nunca á las bendiciones del cielo.

CORRESPONDENCIA



TARAHUMARA (Méjico)

Santa Misión de la Alta Tarahumara.—Bautismo de noventa y ocho tarahumaras

El R. P. Tomás Rodríguez, misionero josefino, desde Cuzárare escribe el 8 de Septiembre de 1896 al R. Pbro. D. José María Vilaseca:

MUY amado Padre: Después de mil y mil trabajos, consiguientes á nuestra vida de misionero entre este gran número de gentiles y salvajes que se han bautizado, no obstante de que para cogerlos se necesita bajarse hasta sus más recónditos escondrijos, vivir entre ellos, y con sufrimientos que sólo se ajenen á su condición, ya comencé á establecer las artes, y con ellas establecimos la Religión, con éxito hasta hoy. Claro está que es obra del tiempo la total conversión de ellos, pero con las artes por una parte y los catecismos por otra, instruiremos poco á poco á la niñez: he ahí el móvil de mis esfuerzos al vivir entre ellos como el último de los misioneros.

Actualmente, ya que por el especialísimo beneficio de Nuestro Señor se encuentra entre nosotros el Ilmo. y Rmo. Sr. Averardi, dignísimo arzobispo de Tarso y visitador apostólico, sería muy bueno que alcancemos por su medio el privilegio y uso de altar portátil.

En los días de trabajo apenas vemos á los indios; pero los domingos forman mi consuelo verlos bajar de cuatro en cuatro, de ocho en ocho y aun de doce en doce, y verlos con sus arcos y flechas; pero mi corazón se parte de dolor al ver á muchos con los ojos colorados, triste efecto de sus borracheras; pero ya sus desórdenes no son tantos, ya llenos de temor me ocultan sus últimas embriagueces... y les hago comprender que Dios los libraré de tantos males á medida que sean buenos.

Los domingos oyen mi última Misa, y después de dar gracias, les reparto un enorme perol de atole con piloncillo... y con esta medida aumentan los fieles á la Misa... ¡Ah, Padre mío! que nos socorran los josefinos para que podamos continuar tan importante obra. Dígalos V. que las Misiones del Africa, del Asia, del Congo, China y demás lugares célebres las tenemos en nuestra patria, aquí en Chihuahua; y si para aquéllas la prodigalidad mejicana ha obrado grandes actos muy heroicos, repartiendo á manos llenas toda clase de recursos, á nosotros nos faltan; y nos faltan de una manera tan absoluta que vagamos en la miseria. Por no tener cera tengo que decir la Misa con estearina; la ropa que nos dieron las Hermanas Josefinas y otras personas, ya se nos acabó; y como hemos dado tanto para cubrir la desnudez de nuestros indios, voy á cortar las últimas sábanas para hacernos calzoncillos y camisas, pues todo lo hemos dado; no nos queda más que una cobija y la mano de San José que se encargará de cubrirnos. Dígalos que ¿por qué hay tanto egoísmo para nuestros pobres indios? Pídale que el gentil conozca á Dios y que esta obra de la propagación de la fe entre nuestros indios se establezca bien.

Para su consuelo, y para que me ayuden con sus oraciones, les diré que fuí llamado para asistir á una endemoniada; ¡qué horror! ¡qué espanto! ¡y qué miedo! pero al demonio lo lanzamos en el nombre de Dios; y muchos me aseguran que ya no se ve lo de antes acerca de él.

En otra carta del 5 de Octubre el mismo misionero da cuenta de una de las salidas que hizo poniéndose en contacto con los tarahumaras, y teniendo el gusto de bautizar á noventa y ocho de toda edad, sexo y condición. Dice así:

Escribo á V. desde el lugar llamado Cinco Señores, á unas cuarenta leguas de Cuzárare, después de haber pasado tres días por estos cerros, y sufriendo continuos aguaceros; y á veces tan violentos, que estuvimos del todo bañados. Pero ¡qué panorama tan precioso! ¡qué caminos tan llenos de peligros! ¡cuán inmensas sus soledades! Nada se ve en ellos que indique civilización, y á cada paso acude uno á todos los Santos de la corte celestial para que nos amparen con su patrocinio, pues el peligro de desbarrancarnos es inminente.

En el primer día del viaje nada tuvimos de extraordinario hasta el anochecer, pues no queriéndonos quedar á obscuras en medio de una cañada frecuentada por innumerables fieras y por lo muy peligrosa que es ella por otros motivos, tomamos una travesía, pero á la verdad fué tan traviesa, que el caballo del Hermano coadjutor desbarrancó y con peligro de rodar hasta el abismo; pero el buen San José que nos acompaña en los viajes, nos dió el buen consejo que habíamos menester, después de dos horas de trabajos y angustias, pudimos afianzarlo con las reatas; salir de aquellas apreturas y pernoctar en un lugar hermosísimo, aunque medio mal tratados y magullados; pero bendito sea Dios, que al día siguiente pudimos continuar nuestro camino.

Ahora fué el viaje muy bien; pero repentinamente, cuando menos lo pensábamos, al penetrar en una especie de matorral siguióse una enramada muy espesa, y nos vimos de repente invadidos de un ejército de abejas que con sus piquetes nos dejaron en un estado tan apu-

rado que no sabíamos que hacer; hasta que por fin huyendo á todo escape de aquel enjambre de colmenas, por decirlo así, despues de mucho andar, nos vimos del todo libres, aunque muy hinchados y brotando sangre por muchas partes de tanto piquete. Yo creo, que más bien que abejas y zánganos y moscos eran los diablos del infierno, que querían impedirnos el bien inmenso que íbamos á hacer en favor de estos pobres tarahumaras.

Cábeme el gusto de decirle, que si el diablo me ha puesto todos esos tropiezos, en cambio estoy muy pagado, en vista de los felices resultados de mi visita, pues abrimos las puertas del cielo á noventa y ocho almas, porque arreglé el acabar de catequizar á noventa y ocho tarahumaras y tengo la satisfacción de haberlos bautizado. Ya verá V. qué trabajo para bautizar á tantos y la paciencia para sacar las partidas en su propio lenguaje, que es difícil ciertamente; pero salimos de este pueblo, y todo quedó concluído.

Que todos los socios del Santísimo José nos ayuden con sus oraciones y se animen á proporcionarnos algunos recursos, para que vayamos arreglando lo más importante.

ISABELA DE BASILAN (Filipinas)

Algunas causas que impiden la pronta conversión de los moros al Cristianismo: medios para acelerar esta conversión

El R. P. Pablo Caballería, de la Compañía de Jesús, escribe desde Isabela de Basilan el 18 de Diciembre de 1894 á su reverendo Padre Superior:

HACE tiempo que medito sobre los obstáculos que impiden la conversión de los moros de Basilan al Cristianismo, los cuales removidos, supongo que no tardarían en convertirse, no de uno en uno, sino por decirlo así en masa.

El primero de estos obstáculos es el orgullo de los datos y mandarines que desempeñan las funciones de gobernadores y gobernadorcillos entre ellos. Mientras se mantenga en pie la autoridad de los datos y mandarines, y éstos no se conviertan, no será posible que los moros en masa se hagan cristianos, por la sencilla razón de que los inferiores siguen el ejemplo de los mayores, y obrando de otro modo incurrirían en su indignación.

La segunda causa principal de conservarse adictos á la falsa secta de Mahoma es el no pagar tributo alguno ni tener necesidad de tomar cédula personal, como los demás indios sujetos al pabellón de España; por lo cual se les ve á estos moros de Basilan y Zamboanga campar por sus respetos, andar por donde quieren, sin estar sujetos á rey ni Roque, y sin querer oír la palabra del Evangelio; porque piensan que mientras sean mahometanos han de vivir con esta independencia y libertad de todas las leyes á que están sujetas las naciones cristianas y civilizadas. Oblígueseles á los moros, á medida que se vayan conquistando, á pagar los mismos tributos que pagan los demás indios, y ofrézcaseles como ventaja de su conversión la exención de gabelas por algún tiempo, y si no me equivoco á millares han de pedir el bautismo.

La tercera causa que impide la reducción de los moros á la fe cristiana en su jerarquía religiosa. Esta jerarquía en estos puntos viene establecida en la forma

siguiente: Salip, jalipa, iman, bilal. Todos éstos trabajan asiduamente para substentar su falsa religión, porque entienden que nada serían una vez convertida la plebe, y porque viven enteramente á expensas de la misma, pues á lo menos los de esta isla no se sabe que tengan propiedades, ni tienen pensiones, y no obstante son los más acomodados.

La cuarta causa que se opone á la conversión de la morisma es el continuo tránsito de moros extranjeros, que con título de jatji recorren estas islas. Estos jatjis (peregrino) además de hacer buenas provisiones, venden Alcoranes y predicán la doctrina mahometana: como no llevan buenas intenciones, ordinariamente huyen de la vista de nuestros pueblos y del misionero.

Estos jatjis entre la gente vulgar de la morisma son tenidos en mucho respeto, y observadas sus prescripciones, que todas tienden á conservarles en su fanatismo.

Quinta causa que influye no poco en dificultar la atracción de los moros es el error pestífero de este siglo acerca de la Religión; á saber, el Liberalismo é indiferentismo religioso, ó la doctrina de aquellos que dicen que es conveniente la libertad de cultos y que todos agradan igualmente á Dios. Error pestífero que desgraciadamente hace acá, como en Europa, grande perjuicio á las almas fieles é infieles.

Sexta causa que entorpece también la reducción es, según mi humilde parecer, la raza china cuando se mete por entre las rancherías moras, donde embozadamente sostiene la morisma y abraza el Islamismo si le conviene, y se casan á lo moro varios chinos, y sus hijos no aparecen entre los indios, si no entre los moros para educarse entre ellos ó entre los chinos.

La séptima causa es la falta de oír la palabra divina; porque no estando en paz los españoles con los moros, claro es que los misioneros no puedan predicarles el Evangelio, ni los moros están dispuestos para oírlo.

Estas causas son las que impiden la conversión de los moros al Cristianismo; y como es una verdad innegable que quitada la causa desaparece el efecto, yo no tengo duda de que los moros de Basilan, de Mindanao y Joló se convertirían en masa el día que se remuevan estos obstáculos; suponiendo siempre (como se ha de suponer) que se concede entera libertad al misionero para predicarles la fe, y que la gracia divina no les ha de faltar. La verdad religiosa es como la luz del sol, que penetra en casa cuando no se cierran las ventanas.

Es un error filosófico y teológico creer que los moros son inconvertibles á la verdadera fe. La verdad es abrazada por el entendimiento cuando se le propone claramente, y la voluntad dominada por los apetitos terrenos no le hace violencia. Por otra parte Jesucristo manda predicar el Evangelio á toda criatura, incluso los moros; y si éstos no fuesen convertibles, en vano se les predicaría el Evangelio, lo cual sería crasísimo error afirmar que Jesucristo mandó á los Apóstoles y á sus sucesores predicar á gentes que no eran capaces de abrazar su doctrina. Y los hechos confirman recientemente esta verdad, porque en este pueblo de Isabela de Basilan existen muchas personas y hasta familias, en otro tiempo moras, que, como se han sustraído á las causas referidas, son ahora cristianos edificantes y siguen contentísimos en el padrón de este pueblo, y mu-

chos de ellos me han dicho á mí que sólo sentían no haber abrazado antes ó más pronto nuestra Religión.

No cabe duda, reverendo Padre Superior, que esta raza mora es más difícil de convertir que las otras razas del Archipiélago; pero de esta aserción no puede inferirse la absurda y de funestas consecuencias de su inconvertibilidad. El medio ordinario de que se vale la divina Providencia para la conversión de las gentes es la predicación evangélica por sacerdotes legítimamente ordenados; pero como esa predicación en la raza mora halla obstáculos que no se hallan en otras razas, no surte efecto tan pronto como en las demás razas no moras. Remuévanse los obstáculos, y luego la predicación producirá sus inmediatos efectos.

Organícese el pueblo moro con prudencia y discreción, al estilo de la raza india; de modo que no haya entre la

oir la razón, sino que en todo se guían por ímpetu de la pasión y la fuerza de las armas. Oblíguese á los niños á asistir á las escuelas, para aprender el castellano, como se obliga á todo indio, y sea, si se quiere en un principio, si así se estima conveniente, sin hablarles de hacerse cristianos; esto vendría por sí mismo á no tardar, y se tendrá otro paso para reducir esta raza.

Pónganse núcleos de cristianos con aprobación de gobernadores y misioneros en puntos convenientes de la morisma, y dense á estos cristianos algunas garantías y á ser posible autoridad sobre los moros, y tendrase otro medio aptísimo de reducción. San Pedro de Guibauan habla en favor de esta aserción, porque desde que allí se radicaron cristianos se han venido varios moros á nuestra santa Religión, pues es un hecho, que donde España pone en estos puntos algún núcleo de



NORUEGA.—Hammerfest, capital de la Laponia. (Pág. 39)

morisma autoridad alguna que no sea nombrada por la Autoridad de España, y dense poco á poco nombres españoles á las Autoridades moras, porque no poco influye el nombre en el ánimo de los vasallos: impídase, en cuanto lo permitan las circunstancias, hasta el tránsito de moros extranjeros, y esta nación estará ya muy dispuesta para que la predicación evangélica produzca su efecto inmediato.

Que no reporten utilidad alguna de la pertinaz adhesión á su falsa secta, sujetándoles cuanto antes sea posible á las mismas cargas, tributos, trabajos y gabelas que sufren los demás indios; y se habrá removido uno de los principales obstáculos de su conversión. Es necesario también desarmarlos, para quitarles ese carácter feroz y rebelde que crían desde pequeños, y no les deja

buenos cristianos, y más si se pone misionero, contando, por su puesto, con la garantía de la fuerza, siempre que sea conveniente, la morisma como muy inferior, aunque lo sienta y haga hasta algunos atropellos, pero no tiene otro remedio que ceder y de hecho cede el puesto y respetan nuestra bandera.

LA MISIÓN DE ISLANDIA

I

La Islandia es una isla perdida en el Océano Artico, que los geógrafos y viajeros llaman con razón «Tierra de hielo,» situada entre los 63° 20' y 66° 45' latitud Norte, y 12° 13' y 21° 3' longitud Oeste, á

256 leguas N. O. de Jutlandia, y á 140 N. N. O. de Escocia: sólo dista de la Groenlandia 48 leguas desde su extremidad N. O. Descubierta por los vikings noruegos el año 874, pronto fué poblada por los normandos de la Noruega, llegando á contar en pocos años cerca de cien mil habitantes.

Ansiosos de abrazar el Catolicismo los suecos, su rey pidió con instancias al emperador Luís, hijo y sucesor de Carlomagno, en 829, que les enviase sacerdotes para que los instruyesen en la verdadera fe. Accedió gustoso el Monarca francés, y nombró para esta Misión importantísima al monje Anscario, que á la sazón estaba comisionado cerca de Harold, rey de Dinamarca. Sustituido en esta corte por Gislemar, diósele por compañero á Vitznar, y ambos apóstoles diéronse desde luego á la vela, dispuestos, no ya solamente á evangelizar á los pueblos, sino á sufrir gozosos todo género de tribulaciones por amor de Jesucristo. Oyólos benigno el Señor, y para que dignamente se preparasen á las gloriosas tareas del apostolado, permitió que por el camino cayesen en manos de piratas, que con la mayor inhumanidad les hicieran sufrir ultrajes y penalidades sin cuento.

Unidos en un mismo espíritu de ardentísimo celo, emprendieron nuevamente su camino hasta llegar á Biorr, capital entonces de Suecia, cuyo monarca los acogió con merecidos honores y cariñosa solicitud. Anscario y Vitznar, facultados para anunciar las verdades de nuestra santa fe, desplegaron tan prodigiosa actividad, que no pudiendo ya, á pesar de su expansivo y ardoroso celo, cosechar el inmenso fruto que habían sembrado, viéronse precisados al cabo de seis meses de apostolado á regresar con urgencia á la corte de Luís, con el fin de buscar otros operarios evangélicos que atendiesen á la feracísima heredad del divino Padre de familias. Deseoso el Emperador de acrecer y consolidar el sentimiento católico, que tan hondas raíces iba echando en Suecia, hizo que se celebrase un numeroso Concilio y se erigiese en él una sede arzobispal en Hamburgo el año 830, con el fin de que á ella estuviesen sujetos los obispados que más adelante fuesen erigiéndose en los países situados al N. del Elba. Preciso era que para la nueva sede erigida en Hamburgo fuese elegido un varón digno, de reconocido mérito y celo apostólico: todos pusieron los ojos en Anscario, y desde luego se le obligó á recibir por la consagración la plenitud del sacerdocio.

Regía á la sazón los destinos de la Iglesia Gregorio IV, y á él se presentó el nuevo Prelado acompañado de otros dos Obispos y un conde de la casa del Emperador, para pedir en nombre de éste la aprobación de lo actuado en el Concilio. Concediéndola gustoso el venerable Pontífice; y después de imponer á Anscario el sagrado palio, símbolo de la protestad arzobispal, le nombró, así como á Ebbón, arzobispo de Reims, legado apostólico entre los suecos, daneses, eslavos y demás países septentrionales como la Islandia y la Groenlandia, facultándoles ante el sepulcro del apóstol San Pedro para predicarles el santo Evangelio, y fulminando al mismo tiempo sentencia de excomunión contra todo el que se atreviese á poner obstáculos á esta obra de cristiana civilización. Dieron principio á sus apos-

tólicas tareas Anscario y Ebbón enviando como obispo á Suecia al intrepido Gauzbert, que consagrado tomó el nombre de Simón, y fué recibido en aquel país con la más tierna gratitud y entusiasta alborozo. Anscario dedicóse á preparar los copiosos frutos de su apostolado, redimiendo niños cautivos de Dinamarca y Eslavonia, y educándolos convenientemente para que más adelante predicasen á sus mismos paisanos; enviados á los monasterios de Turholt y Corbie, formáronse en poco tiempo virtuosos y celosísimos misioneros, que en aquellos países dieron después mucha gloria á Dios nuestro Señor.

II

Estos privilegios, que con la legacía apostólica habían sido concedidos por Gregorio IV á San Anscario, arzobispo de Hamburgo, fueron plenamente confirmados por el Papa Víctor II en Bula de 24 de Octubre de 1056, en la cual se consignan los países septentrionales, y expresamente la Suecia, Dinamarca, Noruega, Islandia, Scridevinum y Groenlandia. Hacía ya mucho tiempo que los primeros misioneros habían aportado á Islandia, y extendido por toda la isla la fe católica: fué tal la decisión con que la recibieron los buenos islandeses, que el *althing*, ó Asamblea general, en el año 1000 decretó que la Religión católica sería en adelante la religión del Estado. Elegido obispo por los islandeses el sacerdote *Islef*, fué recomendado por el emperador Enrique III al Papa Víctor II, el cual complacido de la elección del nuevo Prelado, encargó á Adalberto, arzobispo de Hamburgo, que le consagrara en la fiesta de Pentecostés, para que los poderosos auxilios del Espíritu Santo que en tan hermoso día recibiese el Obispo de Islandia, hiciesen fecundo su apostólico ministerio. Así felizmente sucedió, establecida la sede episcopal en la ciudad de Skalholt; é Islet cargado de años y de méritos murió entre sus amados diocesanos el año de 1080. Dos de los obispos indígenas de la Islandia merecieron por sus virtudes ser canonizados.

A la prosperidad y lozanía con que durante cinco siglos desplegó sus hermosas galas la fe católica en Islandia haciendo felices á sus modestos habitantes, sucedieron épocas tristísimas de incomparable amargura. El tristísimo eclipse del astro poderoso de la fe en aquellos remotos países, lo mismo que su feliz aparición, estuvieron íntimamente ligados al apogeo y á la desaparición del Catolicismo en las regiones de Dinamarca, Suecia y Noruega. La funesta Reforma en mal hora concebida por el apóstata Lutero, que tan locos admiradores encontró en Cristián II, Federico y Cristián III de Dinamarca, y en Gustavo Wasa de Suecia, fué por desgracia invadiendo estos países desde 1520, y arrancó á los islandes la fe preciosísima que habían heredado de sus padres, en 1551. Pero ¿cómo fué preparándose tan calamitosa transformación? ¿cómo pudo sobreponerse á la arraigada fe de los islandeses, daneses y suecos el escandaloso capricho de un fraile apóstata?

Novedad escandalosa fué para todos los que entonces pudieron notarla, la criminal afición de que comenzó á dar muestras hácia los protestantes Cristián II de Dinamarca. Este Príncipe, que al subir al trono en 1514

había jurado en manos del arzobispo de Lunden sostener la fe católica en sus Estados, y respetar los privilegios del clero y de la nobleza que tenían á la raya al poder real, tornóse muy pronto perjuro, haciendo sustituir á los nobles en los cargos de importancia por gentes de baja condición, exigiendo en 1517 al nuncio Arcimbal por predicar la concesión de indulgencias en los reinos del Norte, la suma de mil y cien florines, y arrebatándole después una cantidad considerable, que había colectado para ayuda de la construcción de la basílica de San Pedro en Roma. Después de haber arrancado su independencia á la Suecia en 1520, y á pesar de haber prometido respetar las libertades de sus pueblos, tuvo la crueldad de hacer ajusticiar públicamente en un mismo día, sin permitirles siquiera recibir el sacramento de la Penitencia, á más de setenta personajes entre Obispos, senadores y magnates, achacándoles como delito el haber querido defender la independencia de su amada patria. Levantó cadalsos en todas las ciudades que visitaba, tiñéndolas de sangre inocente, y llevó su ingratitud é inhumanidad hasta mandar, estando de sobremesa, que fuesen arrojados al agua atados por la espalda de dos en dos, el abad y los monjes del monasterio de Nidal, que le habían recibido en su monasterio con grandes honores.

Obscuro por demás se iba tornando cada día en aquellos países de viva fe el horizonte de sus futuros destinos. Hombre tan inhumano como Cristián no podía menos de simpatizar con Lutero; así es que muy pronto pidió á los sectarios de este funesto heresiarca le enviasen como auxiliar uno de sus dogmatizantes, y le entregó la más preciosa iglesia de Copenhague, prohibiendo en 1521 á los doctores de la Universidad que condenasen los errores del apóstata de Eisleben. Para que la ponzoñosa semilla del Protestantismo arraigase en sus Estados, érale preciso corromper á los eclesiásticos, y á esto se dirigieron los esfuerzos del infame Monarca. Nombró arzobispo de Lunden, destituyendo al legítimo Prelado, á su barbero Schlagbok, y al año siguiente le hizo quemar ante el Nuncio, acusándole de haber sido por sus consejos el autor de las bárbaras ejecuciones de Stokolmo. Prohibió á los monjes, clérigos y Obispos adquirir bienes, á no ser que rompiendo los vínculos que los unían con la Iglesia católica, se decidiesen á casarse; se apoderó de los bienes de muchas iglesias, y mandó que ninguna causa fuese enviada á los tribunales pontificios de Roma, sino que se sustanciase en los del reino. Alzáronse contra él los pueblos, especialmente el ducado de Lubeck, y vióse precisado el sanguinario Rey á emprender vergonzosa fuga, sin que le hubiesen valido las promesas que hacía de ir en peregrinación á Roma, de construir iglesias y hacer fundaciones de Misas en sufragio de las almas de tantos inocentes á quienes había quitado injustamente la vida, y de gobernar de acuerdo con los Estados.

III

Vergonzoso espectáculo fué también el que ofreció en Dinamarca su tío Federico, duque de Sleswig y de Holstein, á quien los Estados de Jutland habían ofrecido secretamente la corona. Sucedió á Cristián en 1523,

hizo las mismas promesas y los mismos juramentos que él; pero cuatro años después, cuando pudo ya arrojar la máscara, y aparecer protestante como era, manifestó en la dieta de Odeusée que, puesto que Lutero había encontrado muchos abusos en la Iglesia católica, los mismos derechos que á ésta debían reconocerse en Dinamarca á la secta luterana hasta las decisiones de un Concilio general. Todavía fué más allá el ingrato Monarca: prohibió á los nuevos Obispos que pidiesen su confirmación al Papa, declaró que las iglesias y conventos podrían conservar sus bienes hasta que de ellos los despojases las leyes del país, y permitió que los eclesiásticos y los monjes se casasen, ó, mejor dicho, viviesen como si pudieran casarse. Su hijo Cristián III llevó á cabo los sacrilegos proyectos de Federico en 1533, aprisionando á los Obispos y privando á las iglesias de sus bienes, parte de los cuales repartió entre los nobles para que le ayudasen á consumir su obra de iniquidad.

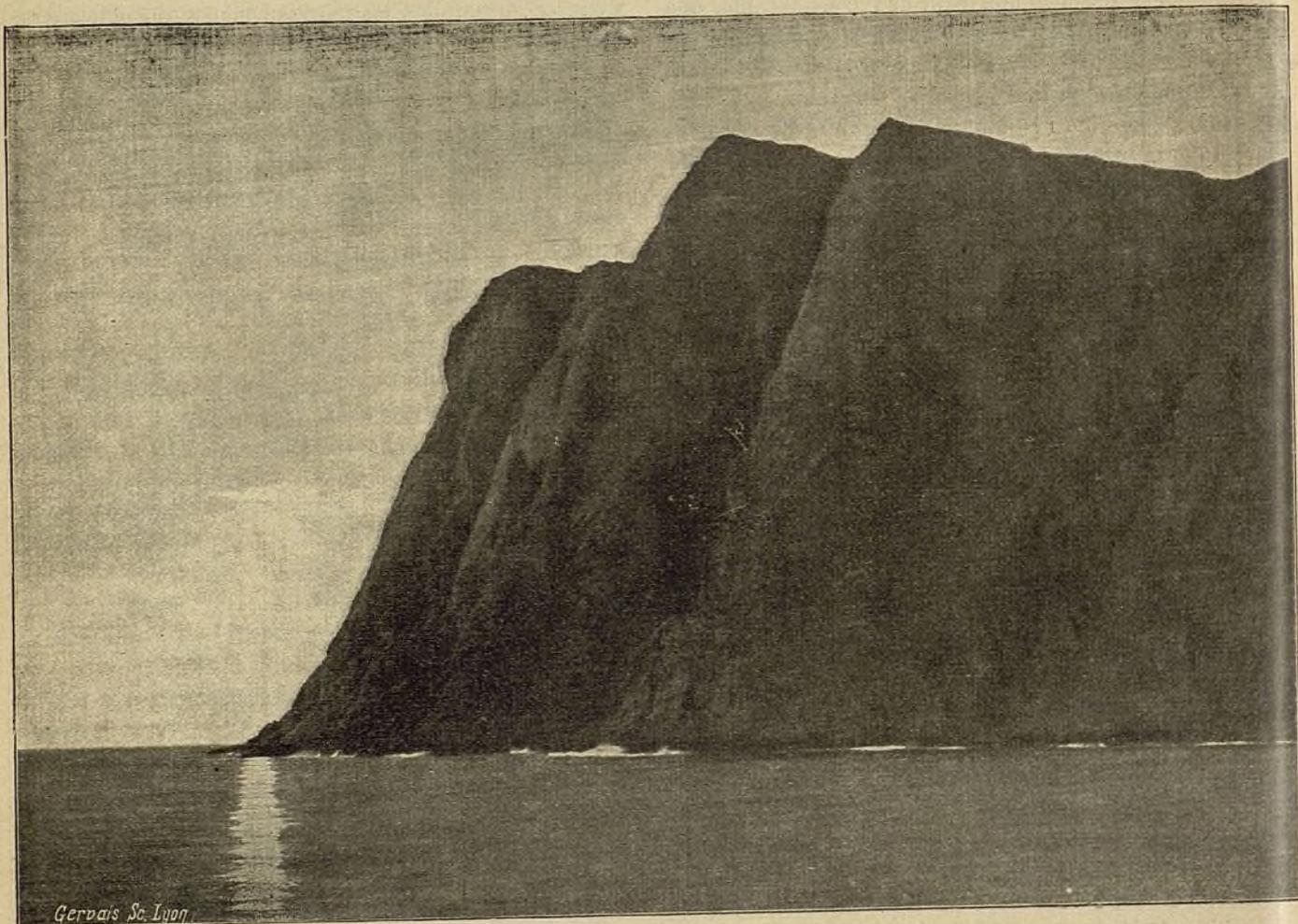
Esto mismo hizo en Suecia Gustavo Wasa en 1523, después de haber sido protegido por los católicos en su empresa de romper los lazos de dependencia que unían á su patria con Dinamarca. Desposeyendo al Prelado legítimo, nombró arzobispo de Upsal á un luterano, y sustituyó los canónigos católicos con fementidos discípulos de aquella secta. Tiñó de sangre los cadalsos, confiscó los bienes de la Iglesia, y declaró hereditaria en su familia las dignidades de rey y de papa. ¿Qué mayores crímenes pudiera perpetrar, ó qué desgracias más trascendentales hubiera sido capaz de concebir para hundir en la desventura y en el deshonor á la patria infeliz que le dió el ser?

Reconocieron poco á poco el alcance de su inmensa desdicha estos desgraciados países, mucho más cuando se enteraron de las sangrientas ejecuciones con que Cristián III de Dinamarca consumó su obra de destrucción arrancando la verdadera fe á la católica Islandia. Viendo el tirano que eran del todo ineficaces sus medios de persuasión, acudió á la violencia enviando contra los islandeses buques de guerra; pero no contaba con que el valor de los guerreros católicos se multiplica en la adversidad, mucho más cuando se trata de defender el honor de su Dios. Lucharon con admirable bravura los islandeses contra los mercenarios de Cristián: el mismo Obispo de Islandia Juan Arasón, ardiendo en santo celo por la gloria de Dios y la eterna salvación de sus diocesanos, púsose á la cabeza de las tropas islandesas, jurando morir en el combate antes que abandonar la santa causa de la fe. Gloriosos fueron los hechos de armas, en que mostraron con brillantes triunfos lo ardoroso de su piedad y lo heroico de su valor; pero sucedió entonces lo que ya en su tiempo recordaba en la Pelestina Cristo Nuestro Señor: «los hijos del siglo fueron más astutos que los hijos de la luz,» y ya que no pudiesen vencer en buena lid, acudieron al fácil medio de la traición. El fervoroso Arasón fué vendido por un traidor; y entregado en poder del Rey de Dinamarca, decapitado el 7 de Noviembre de 1550. Con él terminó la serie de los celosos Obispos islandeses.

Era ciertamente para llorarse la tristísima transformación que en la primera mitad del XVI se había obra-

do en los católicos pueblos del Norte. Allí había predicado el Beato Gistemar, compañero de San Anscario, apóstol de la Escandinavia, santificando el suelo de Dinamarca con los prodigios de su celo, sus virtudes y sus milagros: de él decía San Ramborlo, segundo arzobispo de Hamburgo, que era un «hombre lleno del espíritu de Dios, cargado de buenas obras.» El mismo

bró con magnífica solemnidad la fiesta de la Ascensión en el antiguo templo de San Anscario, con numerosa concurrencia de fieles que mostraban el más vivo entusiasmo por el acrecentamiento de la fe. Y no menos significativos fueron los testimonios de su piedad cuando al año siguiente predicó en la última iglesia de la capital, durante la Cuaresma, el R. P. Lacouture, S. J.:



NORUEGA.—El sol de media noche en el cabo Norte. (Pág. 40)

San Anscario ilustró con sus enseñanzas y el brillo purísimo de su santidad las comarcas de Suecia. Y después de éstos lucieron otros cien y cien apóstoles, en que parecían andar á porfía la ciencia con la virtud. Y después, cuando huyó entre oleadas de sangre la Iglesia católica, perseguida por el Protestantismo, ¡qué desconsoladora diferencia! ¡cuántos años y con cuánta amargura lloraron los pueblos del Norte la ausencia de aquellos hombres de Dios y los escandalosos excesos de los hijos de Lutero!

Señal felicísima de nuevos y consoladores acontecimientos es, gracias al Corazón Sacratísimo de Jesús, el movimiento de respetuosa simpatía que en esos países se observa hacia la Religión católica. Hace algún tiempo que los misioneros enviados por la Santa Sede están obteniendo, aunque con penosos sacrificios, no pequeño fruto. En 1881 Mons. Mermillod, obispo titular de Hebrón y vicario apostólico de Ginebra, visitó con piadoso interés las Misiones de Dinamarca, gozándose de sus consoladores progresos. En Arrhus, ciudad de Jutlandia, consagró la nueva iglesia; y en Copenhague cele-

á estos sermones pronunciados en francés, y á las conferencias científico-religiosas que dedicó al pueblo algunos días entre semana, asistió numerosa concurrencia con mucho recogimiento y atención.

IV

Apenas hace veinte años Suecia era todavía «la fortaleza del Protestantismo;» hoy desempeñan en ella su augusto ministerio misioneros celosísimos, que constantemente baten en brecha á la secta luterana, cosechando gloriosísimos triunfos. Poco tiempo hace que fué inaugurada una iglesia católica en Gefé, á 180 kilómetros al N. de Stokolmo; y en esta capital permaneció también tres semanas Mons. Mermillod en 1880, pronunciando elocuentísimas conferencias acerca de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y de la Iglesia católica, con admiración y entusiasmo de los fieles y de no pocos protestantes.

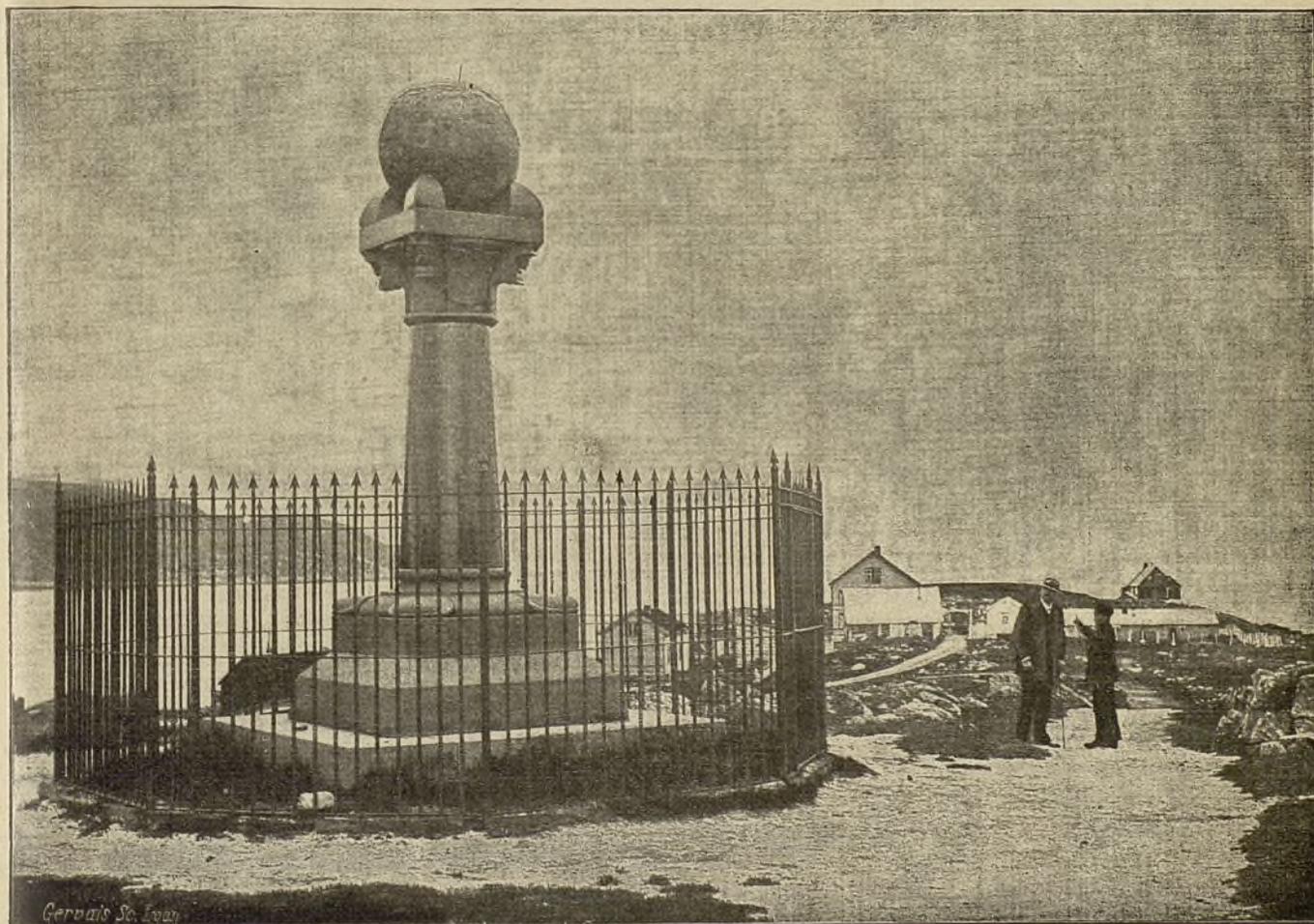
Crece felizmente el movimiento en favor de la Iglesia católica, aun en los pueblos más remotos del Norte

de Europa. En Noruega existen misioneros desde 1856, y veintidós años después inaugurábase con gran solemnidad la primera iglesia católica de la Laponia noruega en Hammerfest, que es la ciudad más septentrional del mundo. El último misionero católico que había evangelizado este país, fué el jesuíta Damián de Goes: ahora goza esta ciudad de la paternal vigilancia de un misionero permanente, cuyo celo está produciendo opimos frutos en aquellos lejanos países. Pero esto ciertamente no se consigue sin grandes fatigas y meritoria perseverancia; porque el sacerdote católico no sólo tiene que luchar allí con la inclemencia rudísima de un clima en que el termómetro baja á veinte ó treinta grados Reaumur, sino contra las sañudas é inveteradas prevenciones de los protestantes.

En Trondhjem (Noruega) los católicos han tenido el indecible consuelo de ver establecerse entre ellos en 1880, una pequeña Comunidad de misioneros de Nuestra Señora Reconciliadora de la Saleta, y con ésta casi ha coincidido el gloriosísimo acontecimiento de abrirse al culto una preciosa iglesia dedicada al Sagrado Cora-

Misiones de la Noruega, el eminente Prelado contribuyó no poco con sus sermones, especialmente en Cristianía en la iglesia de San Olaf, á levantar el sentimiento católico en toda Noruega. Las Misiones, en especial las de Frederikshabel y Gotemburgo, van floreciendo cada día más, y es cada vez más numerosa la mística cosecha que los celosos operarios logran en las almas.

En estos remotos países va penetrando poco á poco la verdad tras largos siglos de funestísimos errores. Pero ¿y nuestra amada Iglesia de Islandia? También para ella ha sonado felizmente la hora tan suspirada del triunfo. En 1895 el Sumo Pontífice reinante encargó al vicario apostólico de Dinamarca, Mons. Van Euch, que fundase en Islandia una Misión católica: dos sacerdotes marcharon desde luego á aquel lejano país, y fueron recibidos en él con respetuoso cariño, como si desde mucho tiempo los esperasen. No tardarán en aportar igualmente á aquellas playas algunas Religiosas de la Congregación de San José de Chambery, cuyos trabajos en la educación de las niñas y en el ejer-



NORUEGA.—Columna del meridiano en Hammerfest. (Pág. 40)

zón de Jesús. En Cristianía, que es la capital, vese felizmente muy frecuentada la iglesia de San Olaf, y esto mismo sucede con la de San Pablo en Bergen, que es la segunda ciudad del reino. Una y otra son muchas veces testigos de numerosas y notables conversiones al Catolicismo.

Visitadas también en 1880 por Mons. Mermillo las

cicio de la caridad serán, sin duda, preludios fecundísimos de numerosas conversiones.

Desde luego, ábrese á las ardorosas ansias de su caritativo celo un campo vastísimo y sobremanera penoso y meritorio: la curación de la enfermedad horrible de la lepra que desde hace algunos años viene haciendo deplorables estragos en aquel país. Para disminuir mal

tan temible y rodear de las necesarias atenciones á las infortunadas víctimas de esta dolorosa enfermedad, el R. P. Sveinsson, de la Compañía de Jesús, natural de Islandia y actualmente misionero en Dinamarca, ha hecho un caluroso llamamiento á la piedad de los fieles, proponiéndoles la grande obra de fundar en Islandia un hospital destinado á los infelices leprosos. Dos años hace que otros dos Padres de la Compañía de Jesús, Baumgartner y Geyr, con el hermano de éste, el Barón de Geyr, fueron á Islandia como piadosos exploradores, ansiosos de poner eficaz remedio á tanto mal. La cariñosa recepción que en Reykiavik, la capital, se les hizo, y la docilidad con que sus habitantes se prestan á oír la voz de la Iglesia católica, motivos son, entre otros muchos, que nos dan derecho á augurar satisfactorios resultados de las Misiones católicas que allí se proyectan.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

El interés que han despertado estos últimos años las provincias del Asia Oriental bañadas por el Grande Océano Pacífico, nos mueve á no perdonar sacrificios para ofrecer á nuestros lectores, tocante á esas regiones lejanas, las noticias más autorizadas y completas. Al efecto el estudio siguiente, debido á la pluma de uno de los miembros más eruditos de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, es particularmente digno de atención.

Los lectores de *Las Misiones Católicas* han manifestado el deseo de conocer la Mandchuria, de tener á la vista un cuadro fiel representando el país y los habitantes, resumiendo los usos y las costumbres, recordando los principales trabajos de los apóstoles en aquel lejano país. Hemos ensayado satisfacerles.

Junto á la Mandchuria se extiende, al Norte y al Este, la Siberia Oriental, país misterioso, poblado de deportados rusos, de cosacos y salvajes: depende del vicariato apostólico de Mandchuria, y ha sido más de una vez teatro de las tareas de nuestros misioneros: doble motivo por el cual hemos creído no debíamos separar estos dos países, reunidos bajo la misma jurisdicción eclesiástica, y he aquí por qué damos á nuestro trabajo el título de *Mandchuria y Siberia Oriental*.

I

Mandchuria.—Extensión.—Ojeada general.—Puertas de Corea y de Mongolia.—Rios.—Flora

La Misión de Mandchuria es una de las más vastas del mundo; extiéndose desde el 36° al 55° latitud Norte, y del 114° al 138° longitud Este, es decir, desde los antiguos límites del imperio ruso al Norte, al reino de Corea y al estrecho del Tche-li al Sur, y desde el mar del Japón al Este, á la parte de Mongolia que depende del gobierno de Gehol al Oeste.

Este territorio comprende las provincias actuales de Leao-tong, Ghirin, Tsi-tsi-kar ó Heilung, país chino, el Amor y la Primorskaia, país ruso de una superficie total de 4.760,000 kilómetros cuadrados; es una comarca de aspecto muy diverso, ofreciendo al atónito viajero

desiertos, praderas, regiones campestres, impenetrables bosques, montañas que se elevan á 500 y á 1,000 metros sobre el nivel de los valles, ora aisladas, ora en cordilleras que se dividen en numerosas ramificaciones.

Al Sur el fértil valle del Leao no tiene menos de 450 kilómetros de ancho por 1,500 de largo.

Al Norte, en la cuenca del Sungari, se extienden vastas praderas, cuyas hierbas se elevan á dos metros de altura y se mezclan al follaje de los arbustos; siendo preciso abrirse camino con el hacha, á menos que se sigan las sendas trazadas por las fieras.

En la mayor parte de las montañas del Norte las faldas están verdes hasta la cima: espesos bosques cubren los valles intermedios, y tan numerosas son las encinas, los olmos y los sauces que se puede andar horas enteras bajo su sombra. Desde lo alto de algunas colinas contéplase un océano de verdor, moviendo á lo lejos sus ondas de hierbas, de valle en valle y de montaña en montaña hasta el confín del horizonte.

La vasta comarca que constituye las provincias rusas del Amor ó Saghaliano y de la Primorskaia compónese de dos regiones muy distintas: una esencialmente continental al Norte del río, y otra al Sur en el litoral. La primera, bañada por una parte relativamente poco extensa del mar de Okhotzk, no es más que la prolongación de la Siberia; la segunda forma en el mar del Japón una zona litoral de 14 á 1,500 kilómetros de longitud, con una anchura de 300 á 350 kilómetros.

Extendido sobre toda esta comarca el rudo y frío manto de un invierno que hace bajar el termómetro á 35° y á veces más, y dura desde Octubre á Marzo; la esplendidez de una primavera rápida como una flor, que brota á la mañana y se marchita á la tarde; la intensa luz y el sofocante calor de un estío tropical de 35 á 40° en Agosto, y tendréis de Mandchuria la impresión que produciría al viajero que la cruzase en tren expreso; pero esto no basta.

Estudiemos, pues, detenidamente las particularidades de sus límites, los accidentes de sus costas, sus montañas, sus ríos tan largo tiempo helados, sus variados productos, sus ciudades principales, sus habitantes, su legislación, su lengua y sus creencias.

De los límites del Este y del Oeste citemos estas dos particularidades:

Al Este existe el territorio de Pien-uai, en otro tiempo separado por una empalizada que comenzaba cerca de Kau-li-meun, simple casita á la que se daba el pomposo título de Puerta de Corea. Antiguamente estaba prohibido permanecer en ella ni siquiera una noche: actualmente los chinos la habitan y cultivan sus alrededores, y pronto no será más que un recuerdo la empalizada y la prohibición.

Al Oeste había otra barrera, esta vez de sauces, líneas de bosques que se extendían entre Mandchuria y Mongolia, y de los que todavía quedan algunos grupos de árboles, únicos supervivientes de las plantaciones hechas por el emperador Kang-hi.

La Puerta de Fa-ku, que guarda el «gran paso» hacia Mongolia, es aún menos imponente que la de Corea;

compónese simplemente de algunas estacas, unidas por una cadena durante la noche.

Entre estos límites corren algunas cordilleras, siendo la principal el Chan-alin, montaña blanca, así llamada por el brillo de sus rocas calcáreas y su corona de nieve: es célebre en las tradiciones legendarias de los manchúes, y se la considera como cuna de los primeros jefes de la nación.

Es un macizo que empieza en el límite septentrional de Corea, y cuyos nevados picos pasan de 3,000 metros de altura; después de haber recorrido más de 1,000 kilómetros termina en la confluencia del Usuri y del Saghaliano.

En el Sur la cadena de montañas está entrecortada por eslabones transversales entre los cuales hay el valle del Leao, regado y fertilizado por el Leao-ho, navegable en una longitud de 1,800 kilómetros, por el Hunho (río Rojo) y por el Tai-tse, incesantemente surcados por embarcaciones de pescadores y comerciantes, y por almadías para el transporte de madera ó carbón.

Dejemos correr tranquilamente las aguas del Nonni, ese río del extremo Norte que baña al Tsi-tsi-kar, y hablemos más largamente del Sungari, al que por la blancura de sus aguas, durante muchos meses del año, le dan el poético nombre de «Flor de leche.» En ciertos sitios tiene de uno á dos kilómetros de ancho, y en sus orillas pantanosas anidan millones de golondrinas: durante las grandes crecidas del verano semeja un mar en movimiento, salpicado de islas donde se refugian las ocas silvestres, los cisnes y los patos: las barcas se extravían en busca de la verdadera orilla en los riachuelos sus tributarios. La velocidad de la corriente es de cuatro kilómetros por hora en las partes bajas, y de cinco en las montañosas. Las orillas del río, lo mismo que los valles vecinos, están cubiertos de exuberante vegetación, de bosquecillos y de altas hierbas que forman espesuras impenetrables.

Más arriba de la ciudad de San-sing las faldas de los montes que forman marco al río presentan espesos bosques de abedules, encinas, nogales y alcornoques.

El curso del río es muy tortuoso: con frecuencia se divide en muchos brazos, que se extienden á cinco, seis y ocho kilómetros, formando islas bajas, cubiertas de cañas.

En los siglos XVI y XVII los cosacos Stepanov, Khabarov y otros señalaron la existencia del Sungari. En 1653-1656 Stepanov se aventuró por el mismo río, pero fué rechazado por la flotilla china en la que iban tres mil hombres armados. Desde esta época las cosas quedaron poco más ó menos en el mismo estado hasta el tratado de Aigun firmado en 1858: los mercaderes rusos adquirieron entonces el derecho de navegar y negociar por el río, pero el primero de ellos que, fiado en la fe de los tratados, se adelantó hasta San-sing, fué asesinado en 1851.

Poco después, en 1864, Ussoltzev y el príncipe Kropotkine emprendieron una exploración científica, haciendo oír por primera vez el silbido del vapor en aquellas solitarias y selváticas regiones: en pos de ellos fueron otros viajeros y comerciantes. Mas éstos choca-

ron con la mala voluntad de las Autoridades chinas, que vigilan celosamente esos parajes, y que en 1890 empezaron la construcción de una serie de fuertes entre el Sungari y el Ussuri, destinados á proteger el imperio del Medio contra la invasión, siempre temida, de los rusos, cuyos buques de vapor surcan el Ussuri durante el verano, reemplazándoles en invierno los trineos de posta hasta Kabororka, ciudad importante, donde hallaremos muchos misioneros de Mandchuria que allí permanecen antes de embarcarse en el Saghaliano.

Este último río separa hoy China de Siberia: su curso es de más de cuatro mil kilómetros, casi dos veces la longitud del Danubio: sus aguas presentan un aspecto negruzco; vistas en un vaso, tienen aún el matiz de una ligera infusión de té. A esto débense sin duda los nombres que dan al río los pueblos asiáticos: Sakhalli-ula en manchú, y Karamuran en mongol, que significa igualmente río Negro. De Sakhalin los geógrafos y filólogos europeos han hecho Saghaliano, y de Muran, Amor.

La naturaleza del suelo difiere según las regiones. Todo el valle del Leao-tong, á excepción de la zona litoral salifera, está formada de depósitos de aluvión fertilísimos: las partes altas de las montañas que rodean el valle son de arena arcillosa: al pie de las montañas orientales se extienden terrenos formados de detritus de rocas cristalinas.

Las riquezas que encierra el suelo de Mandchuria no son aún suficientemente conocidas: sin embargo, se ha notado la presencia del cobre, del plomo, de la hulla y del mineral de hierro, cuyos yacimientos principales se encuentran en la provincia de Ghirin; también los hay de oro en los valles laterales del Ussuri; pero la explotación del precioso metal, que aquellos que no pueden tenerlo califican de vil, está severamente prohibida, y los buscadores de oro son considerados como reos de Estado.

En la Primorskaia los montes Stanovos, en gran parte porfiricos, encierran hierro, cobre y hulla. Se ha encontrado ámbar en la costa del golfo de Penjinok.

En el Sur la flora presenta caracteres intermedios entre los de Siberia y China. El suelo es generalmente fértil, y los terrenos desbrozados son favorables al cultivo. Entre los productos agrícolas el primer lugar corresponde á las leguminosas, que se consumen en el país ó son exportadas. Siguen en importancia el mijo, el sorgo, que sirve de alimento á hombres y animales, y con el que fabrican golosinas y aguardiente, el maíz, el trigo de calidad mediana, la patata, el lino, la cebada, el sésamo y el tabaco.

Cincuenta años atrás los habitantes de Mandchuria no cultivaban la adormidera, y muy poco el añil; hoy éste se cultiva en grande escala, y aquella rinde buenos productos, aunque el opio que suministra tiene menos valor que el de la India. Este último cultivo está prohibido por la ley, pero no es difícil acomodarse con los mandarines.

La planta más famosa de Mandchuria es el *jen-sen*.

Un proverbio chino dice: «El Oriente de la Barrera de las Estacas produce tres tesoros: la cebellina, la hierba *ula* y el *jen-sen*.»

«Cuando las fuerzas vitales faltan, y el moribundo está próximo á su postrer instante, escribía el ilustrísimo Verrolles en 1843, dadle el peso de cuatro granos de *jen-sen*, y vuelve á la vida; continuad cada día, y

La fauna manchú es muy rica.

Los animales salvajes son numerosísimos en el Norte, cuya mayor parte está todavía inculta. Las pante-
ras se ocultan en la maleza, el tigre real no ha cesado de recorrer la comarca y de atacar á los habitantes, aun en las calles de sus poblaciones: á juzgar por la cantidad de pieles que se venden todos los años, algu-
nas de más tres metros desde la cabeza á la extremidad de la cola, la raza de los tigres está lejos extinguirse. Aun en nuestros días, á pesar de la invasión pacífica de los colonos chinos, y la cría de numerosos rebaños de caballos, asnos y bueyes, Mandchuria es un verdadero país de caza.

En un mes, los manchúes pueden fácilmente cazar los dos mil cuatrocientos ciervos que cada año tienen que entregar al Emperador. Este devuelve los cuernos y el cuerpo de la bestia á los cazadores, reservándose solamente la parte carnosa de la cola: este trozo, reputado por los chinos delicado y fortificante, se vende á treinta francos y más.

Hállase asimismo en los bosques y valles laterales del Sungari la cebellina, cuya piel es tan preciosa: únicamente pueden vestirse con ella el emperador y algunos mandarines á quienes se lo permite: el pueblo sólo puede utilizarla para cuellos y puños.

Como la mayoría de la población se dedica á la caza, á la agricultura y á la cría de ganado, la industria es muy poco activa. Las únicas industrias locales de cierta importancia son la preparación del aceite y la del aguardiente: aun en los linderos de los grandes bosques del Norte, fuera de las regiones de la colonización china, vense con asombro casitas que rematan en altas chimeneas: son destilerías de aguardiente de sorgo. Los manchúes beben con frecuencia este licor, según su propia expresión, «hasta el olvido del bien y del mal.»

El comercio es activo en el Leao-tong, que por su posición es naturalmente el punto de cita de los pueblos mongoles, tungos, chinos, manchúes y coreanos. En el Norte toma hace algunos años considerable desarrollo, merced á la emigración china, cada vez más imponente, y á los negociantes europeos establecidos en el Saghaliano y en las posesiones rusas, Wadivostok, Kabarovka (1) y Nicolaiewsk.

(1) Algunos viajeros escriben Kabarovta.



[NORUEGA.—Fiesta popular en Hammerfest. Arco de triunfo construido con stockfish y barriles de aceite de ballena. (Pág. 39)

su vigor renace desde luego y podéis sostenerle todavía algunos meses. El precio del *jen-sen* es exorbitante: ¡cerca de cincuenta mil francos la libra! El mejor *jen-sen* es el más viejo y debe ser silvestre: así el de Corea, producto del cultivo, es inferior en calidad. En la feria anual de Corea se le vende de contrabando por unos doscientos francos la libra.»

FLORES DE COREA

FOR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

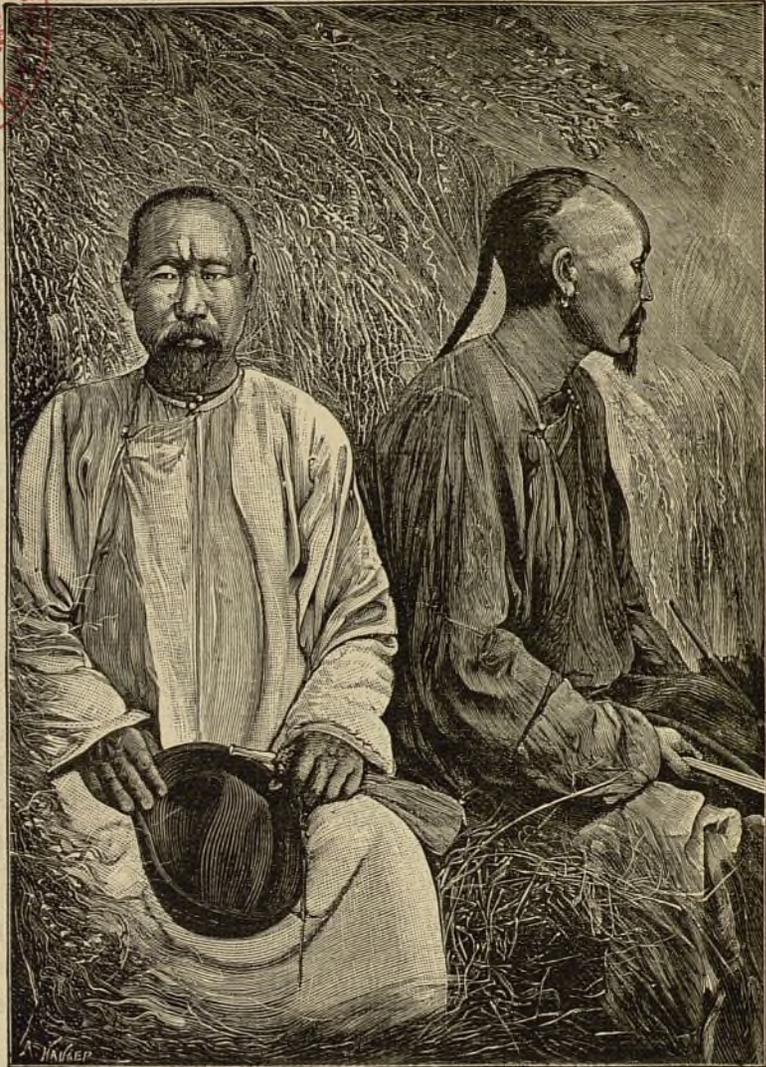
X

Dos santos sacerdotes (1839-1861)

EN el jardín espiritual de la santa Iglesia al lado de las rosas de colores vivos, brotan también más modestamente otras flores perfumadas, y si Nuestro Señor pone en la mano de sus Mártires la palma sangrienta de los gloriosos combates, reserva asimismo inmortales coronas á aquellos que le sirven fielmente en la paz.

Hemos referido los trabajos y fin prematuro de Andrés Kim: contemplemos ahora el espectáculo edificante de las virtudes apostólicas que brillaron durante la carrera, también muy breve, de su santo amigo el P. Tomás Tsoi, y la del Rdo. Ambrosio Maistre.

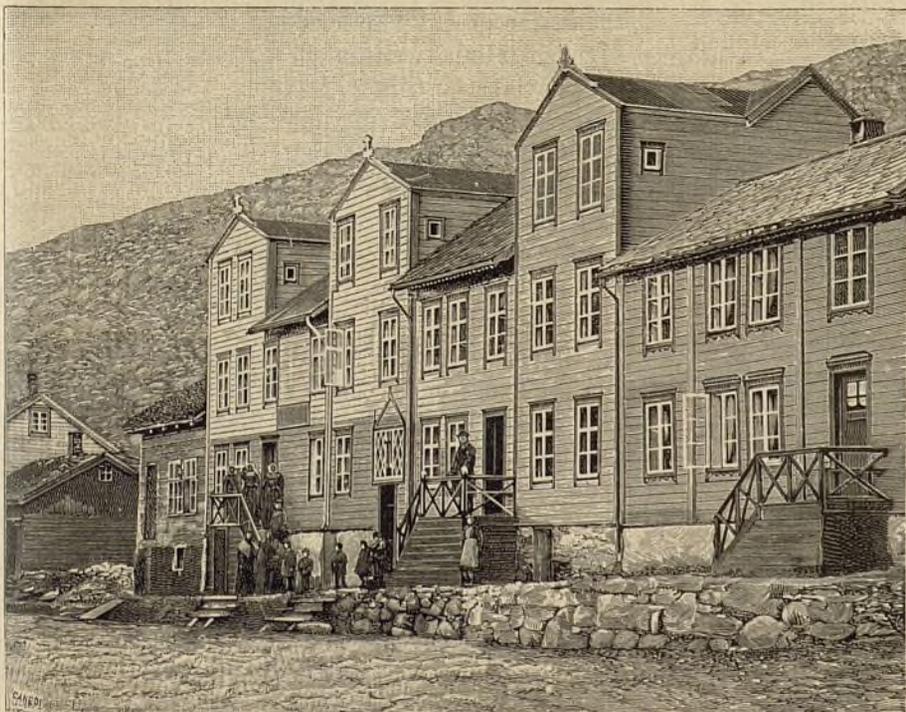
El P. Tomás nació de familia muy rica y convertida desde la aparición del Cristianismo en Corea. Su padre Francisco Tsoi, hallando en su país natal muchos obstáculos para la práctica de la Religión, trasladóse á la capital, donde había de serle más fácil vivir como cristiano. Apenas instalados allí él y sus hermanos, perdieron casi toda su fortuna por la malicia de algunos paganos; pero, obedientes al mandato de Jesucristo, perdonaron á sus enemigos y rehusaron vengarse. Buscando la paz, refugiáronse en los montes, donde la persecución había arrojado ya á otros cristianos. Francisco era querido de todos: constantemente estaba unido con Dios, y sus palabras sencillas y llenas de fervor



MANDCHURIA — Chinos buscadores de jen-sen. (Pág. 36)

penetraban en todos los corazones. Educaba cristianamente á sus hijos. Su caridad con el prójimo era tan grande como ingeniosa. Aunque pobre, hallaba modo de hacer limosna. Sus grandes virtudes y su celo llamaron la atención del misionero, que le creó catequista en 1839. Entonces dedicóse á socorrer á los presos por causa de la fe, á amortajar á los Mártires y á recoger abundantes limosnas para los pobres. Luego se preparó para el martirio, y exhortó á los miembros de su numerosa familia á mostrarse, ante la persecución que amenazaba, dignos del nombre de cristianos. Sus previsiones se cumplieron en breve.

Presentáronse los satélites, y los confesores, en número de cuarenta, tuvieron que ponerse en marcha. Al frente iban los hombres con sus hijos mayores, luego las mujeres y los niños de pecho. Corría el mes de Julio:



NORUEGA.—Hospital é instituto católico en Hammerfest. (Pág. 40)

el calor era sofocante, y lo largo del camino arrancaba lamentos á los pequeñuelos fatigados. Los paganos les abrumaban de maldiciones, acosándoles algunos á pedradas y palos.

Cargados de cadenas, el día siguiente de su llegada comparecieron ante los jueces, quienes después de hacer atormentar á Francisco, le intimaron que apostatase.

—No puedo ser perjuro, contestó. Si la infidelidad con un hombre es un gran crimen, ¿qué será la infidelidad con Dios?

Acto continuo le molieron brazos y piernas; ciento diez golpes de rotín hicieron saltar su carne en pedazos y con el cuerpo lleno de llagas fué restituído á la prisión.

Los jueces le llamaron de nuevo el pretorio, y le dijeron:

—He aquí un libro de tu Religión: deseosos de oírte, nos hemos reunido para que nos leas algo.

Olvidando sus dolores, Francisco abrió con gusto el libro, y empezó á leerlo y comentarlo con tanta unción que todos los oyentes se levantaron espontáneamente, y sobrecogidos de admiración alabaron una Religión que inspira gozo tan puro en medio de los más horribles tormentos.

Mas la muerte de Francisco estaba decretada: acusado de haber enviado su hijo Tomás al extranjero para estudiar, considerábanle indigno de compasión. Sometieronle, pues, los días sucesivos á tan crueles torturas que no le era posible mover ningún miembro. En dos veces le aplicaron más de cien golpes con la plancha de los ladrones. Sin embargo, mostrábase tan tranquilo é impasible en los sufrimientos que los verdugos decían:

—Este hombre no es de carne, sino de madera ó piedra.

A los pocos días espiró en la cárcel, con sentimientos de fe vivísima. Su mujer fué decapitada, después de haber recibido trescientos palos y de haber visto morir á su hijo en su seno exhausto por los suplicios. Tal era la ilustre familia del P. Tomás Tsoi. Tales su virtuoso padre y su piadosa madre, dignos progenitores de una de las primeras flores del sacerdocio en Corea.

Mientras que el Ilmo. Ferreol y sus compañeros eran juguete de las olas en el golfo del Leaov-tong, el reverendo Maistre y Tomás Tsoi permanecían en Mongolia, acechando ocasión favorable para entrar en Corea. Varias veces renovaron sus inútiles tentativas. En 1846 llegaron á Hung-tchung después de un viaje de diecisiete días entre los hielos de Mandchuria, aguardando el único día de feria anual en que es permitido á los coreanos comerciar con los chinos. Confiaban mezclarse diestramente con los mercaderes, y franquear la frontera sin ser notados.

Por desdicha á pesar de sus precauciones, el rostro poco chino del R. de Maistre fué advertido, y cuatro oficiales mandchúes detuvieron á los dos viajeros y lleváronlos á la cárcel. La multitud les rodeó todo el día, gozosa por tirar de la barba al europeo.

El día siguiente el mandarín, después de haberles interrogado, ordenó simplemente que les condujesen á

jornada y media de aquel lugar. Tratados recientemente ajustados con los europeos garantizaban la vida del misionero en China, entre tanto que se esperaba más completa libertad.

El R. Maistre y Tomás volvieron al Seminario de Mandchuria, donde pasaron un año. Recibida la noticia de la muerte de Andrés Kim y del recrudescimiento de la persecución, fueron á Hong-Kong para resolver lo más conveniente. Era el año 1847.

El comandante Lapierre, con dos buques, había resuelto ir á pedir cuenta al Gobierno coreano, esta vez de una manera más positiva, de la muerte del ilustrísimo Imbert y sus compañeros. La ocasión de entrar en Corea era harto propicia para que la desaprovechase el reverendo Maistre. Partió, pues, con la expedición, acompañado del diácono Tomás. Por desdicha los dos buques, por una fatal ignorancia de las costas, chocaron con un banco de arena, á corta distancia de las playas de Corea, y se perdieron. Salváronse todos los que formaban la expedición, pero ésta no pudo efectuarse, y los dos apóstoles volvieron á China.

Parece que tantas tentativas inútiles habían de desalentar á los misioneros, pero Dios por quien trabajaban les sostenía visiblemente.

Entre tanto Tomás Tsoi fué promovido al sacerdocio, y pasó siete meses en Leav-tong, ejercitándose en el santo ministerio bajo la dirección del R. Bernal.

En 1849 volvió á partir con su compañero el R. Maistre, para entrar en Corea por Pien-Men. Era el tercer viaje que emprendían por esta parte.

Los correos enviados por Ilmo. Ferreol llegaron á la frontera el día fijado, pero de ninguna manera quisieron acompañar el R. Maistre, por el peligro que corrían de ser encarcelados. No pudiendo vencer su resistencia, fué preciso separarse, con no poco sentimiento, y Tomás prometió á su venerado compañero que haría cuanto estuviese en su mano para que pudiese entrar á su vez.

Siendo la noche sumamente desapacible los soldados permanecían en sus habitaciones, y así el P. Tomás pasó felizmente la frontera sin ser notado, y á los pocos días estaba junto al P. Daveluy, á la sazón tan gravemente enfermo que tuvo que administrarle la Extremunción. Luego empezó la visita de los cristianos, sobre todo de aquellos á quienes su rostro coreano le permitía visitar con menos peligro que los sacerdotes europeos.

Los fieles le amaban como su padre, pues su bondad y celo no tenían límites, y varias veces estuvo á punto de ser descubierto.

El Ilmo. Ferreol, postrado por cruel dolencia, se sentía próximo á morir con el sentimiento de no poder brazar al R. Maistre, que hacía diez años llamaba en vano á las puertas de Corea. Dios, sin embargo, atendió los votos del Prelado moribundo, y el 29 de Agosto de 1852, vencidos todos los obstáculos, pudo el abnegado misionero besar la tierra de los Mártires.

El R. Maistre consoló en sus postreros días al excelente Prelado, que falleció á la edad de cuarenta y cinco años, habiendo pasado diez en las rudas tareas del apostolado en Corea.

El R. Maistre, por enfermedad del R. Daveluy asumió la dirección de la Misión, mientras venía de Roma un superior, y no obstante mil y mil dificultades instaló la Obra de la Santa Infancia.

Sucedió al difunto Prelado el Ilmo. Berneux, quien á su vez asistió al R. Maistre cuando éste, á consecuencia, de las fatigas de su fructuoso apostolado, contrajo gravísima enfermedad, de la que falleció. Su memoria se conserva aún con veneración entre los fieles coreanos á pesar de los treinta años transcurridos.

El P. Tomás lloró esta muerte que le arrebató un padre querido. La separación, sin embargo, no debía ser larga, pues cuatro años más tarde, á principios de Junio de 1861, hallándose en la fuerza de la edad durmióse plácidamente en el Señor.

Este joven presbítero y el mártir Andrés Kim fueron las primicias del sacerdocio coreano. Durante doce años había visitado, arrojando toda clase de peligros, los distritos más amenazados. Desterrado en su propia patria y obligado á tomar las precauciones más minuciosas por haber puesto precio á su cabeza sus propios conciudadanos, ganó numerosas almas á Jesucristo, que se dignó llamarle á la recompensa cuando se esperaba que tendría una larga y provechosa carrera.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

XVI Y ÚLTIMO

Término de la excursión apostólica.—Las estaciones boreales.—Bugten.—Hammerfest.—El cabo Norte

La embarcación me dejó en Bugten, donde me aguardaba el misionero. Ambos nos dirigimos hacia nuestra iglesia laponá: la campana se echó á vuelo, un joven católico hizo vibrar los aires con el sonido de la trompeta, y los fieles, colocados en doble hilera de una avenida formada con magníficas guirnaldas, aclamaron á su primer Pastor, mientras éste abrazaba al misionero que vive con ellos y para ellos.

El día siguiente tuve el consuelo de confirmar á buen número de aquellos queridos católicos. Inspeccioné la escuela. ¡Pobres niños! Durante meses enteros, por todo sol, aún á medio día, no tienen más que una lámpara, y tiritando de frío (visten pobre y ligeramente en una temperatura de 20 á 30 grados bajo cero) aprenden las lecciones con aplicación ejemplar. ¡Cuántas veces me he dirigido á las personas caritativas de los países católicos, mendigando para esos queridos niños y los de Tromsø y Hammerfest, que están en la misma situación, pidiendo algo para vestir á esos temblorosos cuerpecitos! No pocas almas generosas que nos ayudan á adornar nuestras iglesias han correspondido á mi llamamiento; pero otras, cuyos hijos viven en la opulencia, no se han preocupado por esos niños de la Laponia, tan inteligentes y piadosos, y que ardientemente ruegan al Señor que bendiga á los que se acuerdan de ellos.

Muchos padres de familia habían ido á Spitzberg para matar el oso blanco y la foca: las mujeres aguardaban impacientes su regreso para poder alimentar á su fami-

lia. Hice cuanto pude para auxiliarlas; mas la bolsa de un Obispo misionero pronto queda agotada.

Mientras venía el buque de Hammerfest, visité el terreno que el Prefecto de la Misión del polo Norte compró en otro tiempo, y la casa de madera que sirve ahora de capilla, de residencia y de escuela, y que habitó el gobernador de la Laponia. Esas parcelas de tierra se arriendan por módico interés á nuestros católicos, y de esta suerte contribuimos á que se ganen el pan de cada día. Mi venerable predecesor tuvo la generosidad de emplear buena parte de su patrimonio en adquirir una extensa pradera, con lo que se adquirió el título de bienhechor perpetuo de esta estación.

No habíamos llegado al término de nuestro viaje ártico, pero nos acercábamos á él. Embarquéme en el *Nord*, y al despedirme mi querido compañero me abrazó llorando, pues transcurrirán dos años antes que volvamos á vernos: durante este tiempo sólo le visitará rarísimas veces su compañero de Hammerfest.

Dura es la vida del misionero en estas regiones de los hielos, sobre todo durante los fríos y las tinieblas del invierno ártico, en que únicamente las auroras boreales alumbran con sus misteriosos fulgores la noche interminable. Espero que el Señor me dará un día auxiliares para los sacerdotes de estos puestos avanzados de la santa Iglesia, y además estoy persuadido que el Divino Maestro cuenta por dos cada año que los obreros apostólicos pasan en Laponia.

Después de diez horas de navegación hacia el Norte por entre estrechos de costas áridas é imponentes, echamos el áncora en el puerto de la ciudad más septentrional del mundo, Hammerfest. (*V. el grabado, pág. 29*). Nuestra bonita iglesia nos saludó de lejos con el tañido de sus campanas. Todos nuestros católicos, presididos por el párroco, estaban presentes para acompañarme en procesión á la iglesia, en donde les dirigí una alocución que no tuve necesidad de preparar. A la vista de las peladas alturas que rodean la ciudad y el puerto, sin el menor vestigio de vegetación, á parte de las pocas parcelas de pradera que rodean un lago pequeño; en medio del especial olor del aceite de hígado de bacalao y de ballena que día y noche exhalan las fábricas que lo trabajan; teniendo á la vista los rostros pálidos de los niños encerrados en las sombras lúgubres del invierno ártico, el alma se siente movida á piedad. Cuando se considera que el misionero vive y trabaja en este lugar remoto del mundo, que nuestras Religiosas pasan á la cabecera de sus tristes lapones esas noches sin término, mientras que los sueños de su juventud las transportan á las campiñas floridas y á los bosques verdeantes de su patria... ante el último tabernáculo donde Nuestro Señor se digna residir en la región del Septentrion, ¿cómo no ser elocuente para expresar toda la compasión, admiración y gratitud que llena el alma?

Cuantas más dificultades ofrece esta estación, más nos esmeramos en su cuidado. Tenemos en ella una hermosa iglesia, una residencia bien abrigada, salas

para escuela y un hospital modelo (*V. pág. 37*), donde nuestras Hermanas obran milagros de abnegación. En 1890 tuve el honor de recibir en ella á S. M. la emperatriz Eugenia, que quedó gratamente sorprendida al oír el himno de Lourdes mientras estaba en adoración ante el Santísimo Sacramento.

Pocos días después hubo grande alarma, pues un terrible incendio redujo á cenizas casi toda la ciudad.

Como por milagro el fuego se contuvo cerca de nuestra iglesia, donde el sacerdote estaba celebrando la Misa, de suerte que la Misión no experimentó la menor pérdida. Por especial providencia ningún daño sufrieron nuestros queridos fieles. La ciudad ha sido reconstruída, y es ahora más bella que antes, pero se halla á los 70° 40' de latitud Norte y en el extremo del mundo. En Hammerfest termina la parte del meridiano terrestre medido desde 1816 á 1852. Una columna conmemorativa indica su punto extremo. (*V. el grabado, pág. 33*).

Desde Hammerfest el buque llega al cabo Norte en seis horas. Sólo una vez, en 1837, había llegado hasta allí. Por el camino no se ven más que rocas sumamente áridas y escasas viviendas.

Pasando por los alrededores de Gjøsvær, vimos salir formidables nubes de gaviotas que oscurecían la luz del sol, mientras que legiones de pingüinos se sumergían en las aguas. En aquellas rocas peladas han formado sus nidos, que se cuentan por millones. En Gjøsvær, cerca del cabo Norte, habita una familia católica.

Este cabo Norte es un peñasco de 295 metros de altura, formado de esquisto negruzco, lleno de grietas y á pico por la parte del mar, situado al 71°10' de latitud Norte, y 23°40' de longitud Este de París. Pasa por el extremo Norte de Europa.

Súbese á él por un sendero muy escabroso. Arriba reina frío glacial. El panorama es allí extenso, pero muy triste; islas sin vida y un mar constantemente agitado por las corrientes y las tempestades.

Jornada y media en buque de vapor, en dirección del mar Blanco, faltaba para llegar á la frontera del país, que lo es también de nuestra Misión. Renuncié á este viaje por inútil, pues ni siquiera tenemos medios para evangelizar la parte del país que he podido visitar. ¡Cuántas veces los católicos de Vardø me han suplicado que les asigne un sacerdote! Pero siempre he tenido que contentarme con enviarles el misionero de Hammerfest para administrarles los Sacramentos.

En mi visita al cabo Norte me acompañó mi hermano, que es misionero en Bengala. Después de haber contemplado desde lo alto de la árida peña que marca el extremo del mundo, el sol de media noche dorando las aguas y las rocas (*V. el grabado, pág. 32*), nos arrojamos para suplicar al omnipotente Creador del sol de media noche y del sol de las regiones ardientes de la India, que se compadeciese de los pueblos encomendados á nuestra vigilancia, é hiciese lucir sobre ellos, para nunca eclipsarse, el sol de la verdadera fe, y abrazar sus corazones en las llamas del Sagrado Corazón de Jesús, á quien están dedicadas nuestras Misiones.

Nuestro viaje está terminado. Me propongo repetirlo siempre y cuando el Pastor de pastores me dé fuerzas y medios para hacerlo. Ruego al lector que en sus oraciones se acuerde de este humilde Prelado de la gran Noruega y de la inmensa Laponia.

RUÍNAS DEL LÍBANO

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPANÍA DE JESÚS

II

Puente romano de Mameltein y bahía de Djuni

EL viajero que desde Berito se dirige á Trípoli, al llegar al último recodo de la hermosa bahía de Djuni encuentra el más bello puente de vía romana que queda en pie en Siria. Danle el nombre de puente de Mameltein ó de los dos distritos, pues marcaba en otro tiempo el límite entre los bajalatos de Trípoli y Saida. Pertenece á la vía Antoniana, y parece remonta á la época en que Marco Aurelio Antonino hizo ensanchar la línea costera (174), como se lee en una preciosa inscripción en las rocas de la embocadura del Lico, no lejos de Mameltein.

El puente, de un solo arco, tiene trece metros de largo por ocho de ancho, y en su sencillez produce muy buen efecto en la playa, tanto por su altura como por la regularidad y gran tamaño de sus bloques. A sus pies hace singular contraste el puentecito mal construído de la ruta moderna. ¡Qué diferencia entre estos dos arcos levantados en el mismo lugar para igual destino, uno por los romanos de otra época, y otro por los turcos de nuestros días! Por la obra se reconoce al obrero.

Varios excursionistas han manifestado su asombro á la vista de un puente tan alto y sólido, construído en medio de la playa sobre un miserable arroyo. Mas las gentes del país, que han visto al riachuelo de Ghazir transformado durante las tempestades del invierno en furioso torrente que desarraiga los robustos árboles del valle y arrastra piedras enormes, no comprenden que en la nueva ruta se haya hecho para las aguas un paso tan mezquino.

Nuestra fotografía deja ver, en la abertura del arco, á izquierda el colegio establecido en Ghazir por un sacerdote indígena en la morada del emir Chehab; á derecha el soberbio convento armenio de Beit-Ghachbo, en una encantadora posición sobre una arista de montaña cubierta de bosque. Sirve actualmente de noviciado á los Padres Capuchinos de la provincia de Saboya.

¡Cuán bella es esta bahía de Djuni en la tarde de un día de verano! El mar de Oriente, de una calma incomparable; la playa plantada de naranjos, redondeada en semicírculo al pie de los más verdes y graciosos ribazos del Líbano, en los que se ven á trechos aldeas y monasterios, recuerdan la entusiasta exclamación de la Esposa de los Cánticos, que en su admiración por la belleza de su Esposo le compara al Líbano.

Los naturalistas vienen á Djuni para recoger en los bancos de greda, al rededor del convento de Sahil-Alma, soberbias marcas de pescados, conocidos desde mucho

tiempo, pues el Sr. de Joinville refiere que se ofrecieron á San Luis (1253), como curiosidad del Líbano, pescados de mar fósiles, y aun una tenca de piedra (1).

Los aficionados á antigüedades visitan las dos puntas peñascosas que terminan la bahía. En la punta meridional, la aldea de Serba corresponde á la antigua Palæbyblos mencionada por Estrabón, y que se ve señalado en el mapa de la ruta de los ejércitos romanos, llamado mapa de Pentinger, á la distancia exacta de este promontorio, á siete millas de Berito, y doce de Byblos ó Djebail. Encuéntanse allí columnas, capiteles y otras esculturas, restos de un vasto templo de Júpiter Celeste, cuyos magníficos cimientos sostienen hoy día el nuevo seminario de los griegos unidos. En el in-

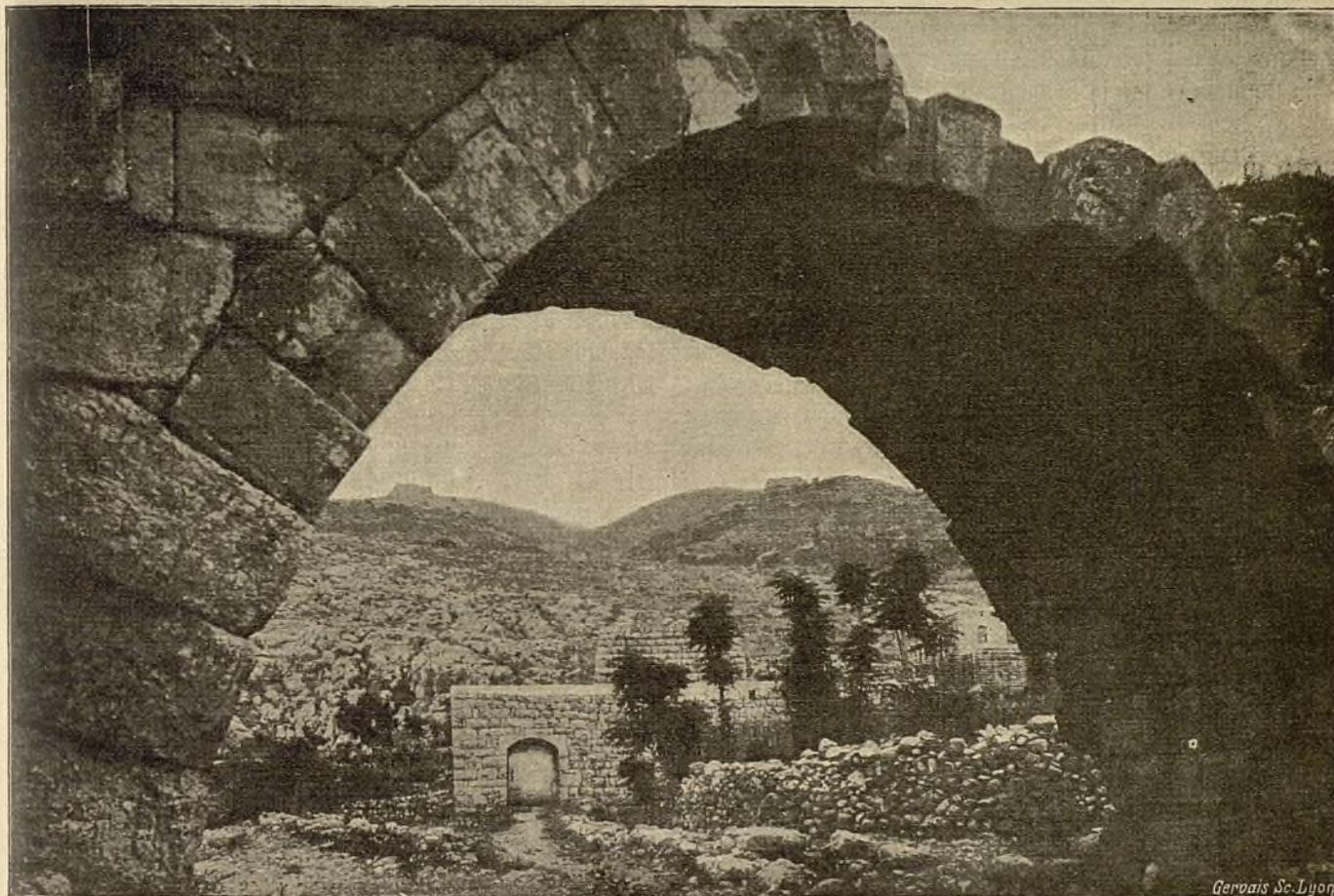
vieron en 1840 desembarcar las tropas que vencieron á Ibrahim-Bajá al descender del Líbano, obligándole á volver á Egipto.

El gobernador del Líbano, Rustem-Bajá, quiso construir allí un puerto libanés, pero la Puerta no le dió tiempo para que llevara á cabo su designio.

III

Djebail

Djebail, el Gebal de los fenicios y de la Biblia, el Byblos de los griegos, el Giblet ó Gibelet de los cruzados, es un puertecito de la costa siríaca á igual distancia de Berito y de Trípoli. El origen de la ciudad se



SIRIA.— Puente romano de Mameltein, en la bahía de Djuni. (Pág. 40)

terior de un hueco del muro, semejante á la boca de un albañal, vese la cabeza de una becerro artísticamente esculpida, sin que pueda adivinarse lo que significa en tal hueco, que parece efectivamente su morada primitiva.

En el promontorio del Norte hállanse aún vestigios de la vía romana cortada en escalones en la peña. Sin duda es el pasaje que Estrabon llama Climaux, la Escala. Antiguas torres cuadradas, como las hay á lo largo de toda la costa fenicia, servían de puestos de guardia contra los piratas.

En la bahía de Djuni las escuadras inglesa y austriaca

(1) Estos pescados fósiles y estas marcas hállanse en muchas otras localidades del Líbano, particularmente en Hakel y Latfed, á tres leguas al Este de Djebail.

pierde en la noche de los tiempos. La tierra de Gebal cuéntase entre los países que el Señor designó á Josué como perteneciente á la tierra prometida (1). Los giblitas, sus habitantes, sobresalían en labrar la piedra y la madera, y á ellos fueron encomendados los trabajos de esta clase en la construcción del templo de Salomón (2). Sus viejos marinos eran buscados por los armadores de Tiro como los mejores pilotos de la costa (3).

Hoy Djebail es una población rodeada de fortificaciones, donde quinientos maronitas y cien musulmanes se dedican al cultivo del moral y á la pesca de las esponjas.

(1) Jos. XIII, 5, texto hebreo.

(2) III Reg. v, 18.

(3) Ezech. XXVII, 9.

Su puertecito, perfectamente abrigado por dos muelles en parte naturales, no da grande idea de las embarcaciones que lo frecuentaban, pues no mide más de ciento cincuenta metros de largo por ciento de ancho.

Las numerosas columnas que yacen en las aguas, las esculturas antiguas dispersas por do quiera, las innumerables tumbas cavadas en las rocas de la orilla al Sur de las fortificaciones, y más que todo, los enormes bloques perfectamente labrados que servían de base á la antigua ciudadela y sostienen actualmente un vasto torrejón de los cruzados (1), demuestran que los gíblitas siempre han tenido afición á labrar la piedra.

Los siglos cristianos anteriores á la ocupación musulmana sólo han dejado corto número de inscripciones funerarias. En cambio las iglesias de los cruzados subsisten intactas, pues la ciudad no fué tomada como las ciudades vecinas en 1280; entregóse con honrosas condiciones, y los cristianos conservaron sus iglesias. En una de ellas se lee la fecha y su advocación:

ANNO DOMINI 1264, AUXILIO B. (MARLÆ) VIRGINIS.

El nombre de María ha sido raspado.

La catedral, dedicada á San Juan, es más antigua. Su estilo hace creer fué construída en los primeros años del siglo XII. Admírase su baptisterio como uno de los monumentos más interesantes de aquella época desde el punto de vista del arte. Es un edificio de forma oriental trabajado por europeos. Una cúpula hemisférica descansa sobre cuatro grandes arcos ojivales, dándole de lejos el aspecto de un nebi musulmán. Cada una de las arquivoltas de las tres aberturas tiene su ornamentación particular. Encuéntrense varias de las disposiciones comunes á los portales franceses del siglo XII. La cornisa con sus adornos tiene alguna semejanza con la de las capillas de la Ascensión y de la Coronación de Espinas en Jerusalén.

Los feligreses de San Juan, que al salir de Misa gustaban detenerse en el baptisterio adosado al muro del Norte, cerraron la arcada expuesta al viento del mar, con un bello friso de templo romano donde hay esculpido un globo alado flanqueado por dos serpientes ó *uraeus*, adorno común en los pilones de los templos egipcios. Renán hizo transportar la piedra al Museo del Louvre.

Djebail fué ciudad santa de los fenicios y más tarde de los grecorromanos, como un centro de culto idolátrico: templos dedicados á Adonis y á otras divinidades locales coronaban todas las alturas vecinas. Los templos han sido destruídos, y con sus materiales se han levantado en los mismos lugares iglesias maronitas, en las que el viajero halla inscripciones paganas, restos de estatuas en las paredes, en las puertas y aun en las gradas de las escaleras. Iglesia hay en que su mesa de altar está sostenida por un altarcito pagano con inscripción dedicatoria; algunas aparecen rodeadas de antiguos robles verdes que recuerdan los bosques sagrados de los lugares altos.

(1) Uno de estos bloques forma un cubo de diez metros y medio: otros hay que tienen casi las mismas dimensiones.

Las iglesias más antiguas están cubiertas de pinturas, restos interesantes del arte sirio y cristiano, que puede considerarse como un anejo del arte bizantino. Las mejor conservadas hállanse en Maad, á tres leguas Nordeste de Djebail. Al lado de la antigua iglesia construída sobre las ruínas de un templo pagano, una capilla ruinosa ofrece frescos admirablemente conservados. En ellos vese una Santa yacente, á la que los infieles han raspado los ojos. Su nombre está escrito en bellos caracteres estranghelos (1): Santa Marina.

En Bhadidat, villa situada á la misma distancia de Djebail en la dirección de Levante, sobre la cresta de un contrafuerte del Líbano, toda la iglesia está pintada por el mismo estilo; pero sólo puede reconocerse la decoración del ábside: abajo los doce Apóstoles en pie, y arriba dos Angeles y los medallones de los cuatro animales simbólicos; más arriba los personajes de la Santísima Trinidad y dos Querubines con cuatro alas llevando el Trisagio escrito en banderolas. Los nombres de los personajes y el Trisagio están escritos en estranghelo.

Es de temer que estas bellas pinturas desaparezcan pronto por falta de cuidado. Nuestro *cicerone* para mostrárnoslas mejor, frotó un fósforo por los pies de los Apóstoles, y nuestro grito de reprobación provocó su hilaridad.

MODO DE DIRIGIRSE LOS MISIONEROS Á LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE «PROPAGANDA FIDE»

PARA hacer más fáciles las frecuentes comunicaciones que los misioneros se ven precisados á sostener con la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, y abreviar el despacho de los asuntos sometidos á su resolución, la citada Congregación con fecha 18 de Mayo de 1896, dirigió una Circular á todos los ilustrísimos y reverendísimos señores Ordinarios de las Misiones, que de ella dependen, en la cual se adoptan las disposiciones siguientes:

1.^a Todos los escritos que se dirijan á dicha Congregación han de estar redactados necesariamente en una de las tres lenguas latina, italiana ó francesa, según se previno en otra Circular del 1.^o de Febrero de 1892.

2.^a Dichos escritos han de contener letra clara é inteligible, sobre todo en lo referente á nombres propios y de lugares; han de tener la conveniente forma y dimensión de carta; y ha de usarse en ellos papel blanco y tinta negra.

3.^a El orden de las páginas ha de ser el mismo que se guarda en los libros impresos.

4.^a Los documentos remitidos han de llevar el correspondiente franqueo pagado ó puesto por el mismo remitente, según la ley vigente en cada una de las regiones desde donde se remiten los mencionados escritos ó documentos.

(1) Caracteres siriacos en uso durante los primeros siglos de la era cristiana, reservados más tarde para la transcripción del Evangelio.

PROGRESOS DE LAS MISIONES SALESIANAS

De la interesante carta que el Rmo. P. Miguel Rúa ha dirigido á los beneméritos cooperadores Salesianos el día 1.º del presente mes, extractamos lo siguiente:

EL sapientísimo León XIII en su Encíclica *Præclara*, después de haber calurosamente recomendado las Misiones, terminaba diciendo que *el mayor de sus deseos es que el nombre sacrosanto de Jesucristo no tarde en ser conocido, y domine en todas las partes del mundo*. Nuestro amado P. D. Bosco ya desde los albores de su vida sacerdotal, en el ardiente celo que le devoraba, prorrumpió en aquel levantado grito: *Da mihi animas!* Este deseo de salvar almas fué el que le hizo parecer estrechos los límites de Europa y le impulsó á mandar á sus hijos á las remotas Misiones de la América.

Animado con la palabra del Padre Santo y estimulado con el ejemplo de D. Bosco, también he tomado siempre muy á pechos el progreso de nuestras Misiones, y por esto á más del envío de personal, las he socorrido cuanto me lo han permitido vuestras limosnas, especialmente á las del Ilmo. Fagnano, quien, debiendo proveer de habitación, alimento y vestido á gran número de salvajes, principalmente en la isla Dawson y en la Misión de Candelaria, se encuentra muy á menudo en gravísimas necesidades...

El Ilmo. Sr. Cagliero va extendiendo de un modo verdaderamente consolador su esfera de acción en favor de los pobres indígenas de la Patagonia, y este año, secundando las vivas y replicadas instancias del excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Buenos Aires, se ha encargado también de la nueva Misión de la Pampa Central, mandando tres sacerdotes que han fijado su residencia en la capital, General Acha, de donde salen á llevar la luz del Evangelio y los consuelos de nuestra santa Religión á las varias poblaciones de aquel vastísimo territorio.

A costa de grandes sacrificios hemos querido cumplir, al menos en parte, los ardientes votos del nunca bastante llorado apóstol de los salvajes Ilmo. Luís Lasagna, enviando algunos Salesianos á Asunción, capital del Paraguay.

El señor Arzobispo de Bogotá (Colombia), primero por carta y luego viniendo en persona á Turín, nos instó calurosamente á fin de que mandáramos otro sacerdote á los leprosos de Agua de Dios, y más misioneros para evangelizar á los salvajes de los Llanos de San Martín, donde al principio del 96 se establecieron nuestros amados hermanos RR. PP. Ferraris y Briata: á esta hora deben ya haber llegado á su campo de acción los nuevos obreros evangélicos.

Otra pequeña caravana de Hijos de D. Bosco ha partido en estos últimos días para las Misiones del Cabo de Buena Esperanza, y otros se disponen á partir para San Francisco de California, llamados por el ilustrísimo señor Obispo, para que tomen la dirección espiritual de los emigrantes italianos, numerosísimos en dicha ciudad.

Y siéndonos comunes las alegrías y las penas, como miembros de una misma familia que somos, después de

haber mencionado los progresos de nuestras Misiones de América, preciso es que manifieste el acerbo dolor de mi corazón paternal al saber la terrible nueva de la muerte del P. Agosta, mártir de la obediencia, que se ahogó al atravesar el río Neuquén. No menos me han afligido los sufrimientos y peligros de los Salesianos de las Casas del Ecuador durante la última revolución, y mucho más con la muerte del P. Juan Milano, que falleció en el hospital de Guayaquil, víctima de los sufrimientos que tuvo que compartir con sus hermanos.

En la carta del año pasado os manifestaba mi ardiente deseo de fundar un Instituto para la niñez en Nazaret, donde nuestro Divino Redentor pasó la mayor parte de su vida mortal y santificó el trabajo manual con el humilde oficio de carpintero. Con gran regocijo recibiréis ahora la nueva de que mi proyecto empieza á realizarse, pues ya se ha podido recoger á unos treinta niños orientales en una casa para este objeto alquilada. Apenas la caridad de los bienhechores nos proporcione los medios necesarios, levantaremos el Colegio en el terreno que hemos adquirido.

Durante mi corta estancia en Alejandría de Egipto, de paso para Palestina, el delegado apostólico Ilmo. Corbelli y otros personajes importantes italianos y franceses, me manifestaron de una manera apremiante la necesidad de que los Hijos de D. Bosco fundasen allá una escuela de artes y oficios. Esta necesidad se hace sentir tanto en aquella ciudad cosmopolita, que no me pareció prudente diferir el remedio; por lo que compramos en seguida un vasto terreno, trazó los planos un caritativo ingeniero, y cuanto antes se comenzará la obra. Ya se encuentra allí el director para asistir á la nueva construcción y para ocuparse entre tanto de los emigrantes italianos. No creáis, mis buenos cooperadores, que un celo imprudente nos ha impelido á estas fundaciones, ó que en ellas se ha procedido con demasiada ligereza y precipitación: creo, por el contrario, que los Salesianos han secundado con esto los ardientes deseos de Su Santidad León XIII, quien desde hace tres años trabaja incansablemente por la unión de las Iglesias de Oriente.

Para la construcción y planteamiento de ambos colegios tendremos necesidad de una suma considerable, la que esperamos que nos la ha de mandar la divina Providencia por medio de nuestros generosos y caritativos cooperadores. En Octubre próximo pasado se nos confió también una parroquia en la ciudad de Túnez, donde poco después hemos abierto un Oratorio para los niños de los extranjeros, cualquiera sea su nacionalidad.

VIAJE DE LOS CAPUCHINOS Á MANILA

El R. P. Fr. Alfonso de Morentin escribe desde Manila al reverendísimo P. Joaquín M.^a de Llevaneras:

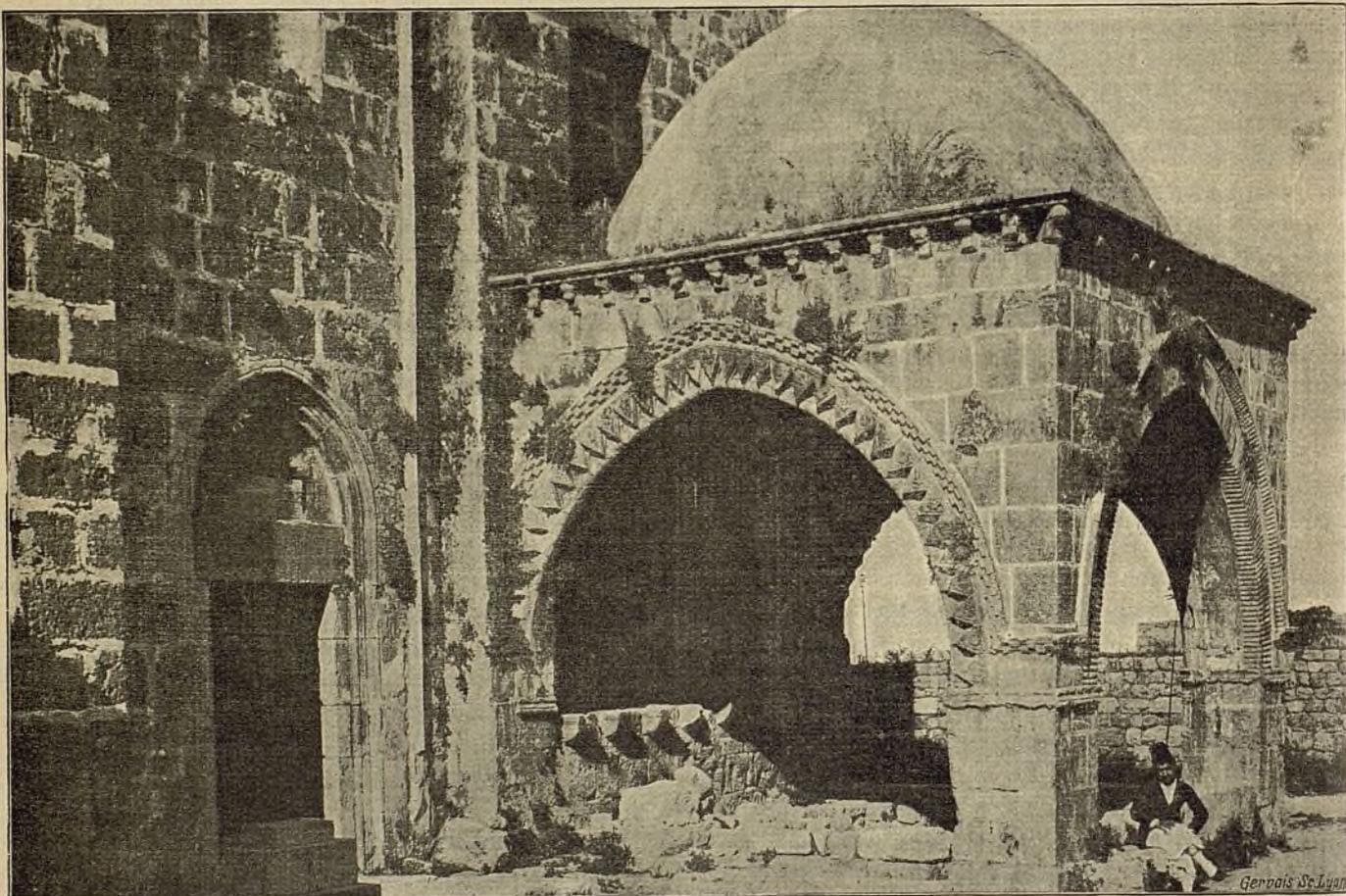
REVERENDÍSIMO y amadísimo Padre: Los hijos que en 18 de Julio despidió V. Rma. en el puerto de Barcelona, han llegado con felicidad á esta ciudad de Manila.

No trasladaré al papel en esta carta el diario del viaje, por tener él tantos análogos ya descritos por plumas

más hábiles que la mía. No le referiré, reverendísimo Padre, las impresiones que recibimos en Port-Said y en Aden al ver aquellos tipos extraños, su manera de vestir y su modo de trabajar; al tratar sobre todo con gentes para quienes es más el nombre de Mahoma que el de Nuestro Señor Jesucristo, que vuelven el rostro con desprecio cuando ven hacer la señal de la cruz: y en una palabra, al pisar tierra tan distinta de la de España, donde cuando se ve algún templo hay que preguntar si es de católicos. Ni molestaré á V. Rma. ponderándole la grata sensación que experimenta el alma cuando, después de pasar los inmensos, estériles y ardientes arenales, que á ambos lados del canal de Suez se hallan, llega á recrearse con la exuberante vegeta-

da al agua, para mostrar sus habilidades en recogerla al momento, poco antes de arrancar se le arrojó á un chico de unos doce á catorce años una peseta. El muchacho se tiró al mar al instante; pero ¡cuán infelizmente! al querer salir, un terrible tiburón le acometió y lo devoró en un abrir y cerrar de ojos. El agua enrojecida y un pedazo de miembro humano que apareció luego en la superficie, denunciaban la triste verdad del hecho. Excuso decir á V. Rma. la sensación que produjo en el pasaje tan triste acontecimiento.

En el cabo de Guardafui, donde tan temibles son las tempestades, tuvimos nosotros la nuestra. Al oír hablar de tempestades, y que uno no puede tenerse en pie, y que no para cosa en su lugar, y que ruedan como si



SIRIA.—Baptisterio de la iglesia de San Juan de Djebail (Byblos). (Pág. 42)

ción de Colombo y con la animación de su puerto. Asimismo me hará gracia de referirle lo que vimos en Singapoore, pues tendría que detenerme á improperear aunque inútilmente el despotismo y tiranía ingleses, que parece en esta tierra especialmente haber sentado sus reales, pues según pude observar, la vista sola aun de lejos de algún policía inglés hace temblar á los pobrecitos indios, los cuales empiezan desde luego á codearse y hacerse señas, para que á su paso los encuentre á todos compuestos, pues saben por experiencia que pesan mucho las varas en manos de los ingleses, y que no necesitan mucho motivo para menearse. En Aden, después de estar toda la mañana entretenidos muchos del pasaje con los negritos que en miserables barcuchos rodeaban el vapor pidiendo se les echase alguna mone-

fueran de goma vasos, botellas y platos, pensaba yo que se exageraba algo para dar sal á la historia. Pero he visto con asombro que todo lo que se dice es poco. Decir que iba uno á comer y que de unas para otras se quedaban los platos limpios y las mesas al revés de los platos; decir que ni siquiera echado estaba uno seguro, pues empezaba á rodar como si fuera una pelota; decir que saltaba el agua por encima de la chimenea del vapor, sin que nadie pudiera parar sobre cubierta; ¿quién lo creyera si no lo hubiera visto? Y que no es para tomarlo á risa. Aquel crujir de las tablas; aquel apretarse los niños al pecho de sus madres, y empezar á llorar y gritar cada vez que el barco se inclinaba algo más de lo regular; aquel verse el vapor tan alto que parecía descansar su quilla sobre la superficie, ó tan

bajo que parecía iba á quedar sumergido entre las montañas de agua que por todas partes le amenazaban; ¡ay, reverendísimo Padre! que no era aquello para reírse, sino más bien para rogar al que manda á los vientos y á las tempestades que apaciguase la nuestra. Salimos, á Dios gracias, libres de todo mal; no así un barco de guerra alemán, que en tales días pasó bastante cerca de nosotros, y fué visto de algunos del nuestro naufragar sin poderle auxiliar en nada, confirmando en Colombo la verdad del suceso. Dios haya tenido piedad de los tripulantes, que ni uno siquiera se salvó para contarlo.

A la entrada de Singapoore nos ocurrió otro accidente, que si no tuvo, pudo tener muy fatales consecuencias; pues faltó poco para que, á consecuencia de un descuido, se fuera á pique un buque inglés. Paró de repente el *Panay*, y gracias á la pericia de nuestro capitán, se evitó el abordaje y con él una serie de desgracias.

Lo restante del camino fué inmejorable. Llegamos á Manila el día de la Asunción de Nuestra Santísima Madre á los cielos, á las cuatro y media de la tarde. Yo no sé explicar lo que sentía mi corazón al ver, no diré correr, volar barcas y vaporcillos hacia nosotros. Eran españoles. Venían unos en busca de sus hijos, y otros corrían á abrazar á sus padres. Allí también se divisaban unos frailes con lengua barba y hábito pardo. ¡Nuestros hermanos! ¡Los Capuchinos! ¡El P. Luis! ¡Fr. Justo! Quería gritarles, pero la voz se me anudaba en la garganta. Les saludaba con el pañuelo, y también pronunciaba palabras entrecortadas. Habría querido saltar al momento del nuestro al vaporcito en que ellos venían, pero fué preciso esperar á que subieran ellos á cubierta. ¡Qué escena aquella, reverendísimo Padre!

Pasados los primeros momentos de mutua efusión de los espíritus, bajamos al vaporcito que nuestros hermanos traían, y que sólo para nosotros había puesto á su disposición nuestro gran bienhechor D. Joaquín de Inchausti, y en conversaciones propias de tales momentos llegamos al lugar del desembarque, donde nos estaban esperando siete ú ocho coches que otros bienhechores á porfía habían ofrecido para conducirnos á la residencia.

Llegamos por fin á nuestra casa, y ante todo nos dirigimos á la capilla á rendir al Señor cordiales gracias por la feliz llegada. Ya estaba el reverendo y amable P. Antonio revestido con capa pluvial, y los cantores preparados para cantar el *Te Deum*. Lo entonó aquél y lo continuaron éstos, mientras nosotros en silencio derramábamos nuestro espíritu en el acatamiento divino.

Tras esto y el saludo de los que habían quedado en casa y un breve descanso, fuimos conducidos al refectorio, donde cenamos en santa fraternidad, contándonos en resumen, como sucede en semejantes ocasiones, lo que después en muchos días nos habíamos de contar.

Al día siguiente celebraba la Iglesia la fiesta de San Joaquín, día onomástico de V. Rma. y que nosotros procuramos solemnizar del mejor modo posible; y por la tarde nos separamos yendo ocho á la casa de Maituvi, y quedándonos los demás en la residencia. Preguntan mucho por V. Rma.

En Manila no diré que somos queridos, sino idolatrados los Capuchinos: es por demás el cariño y estimación que se nos tiene. Procuraremos por nuestra parte seguir siendo acreedores á este afecto, y conservar el buen nombre que nos han conquistado nuestros hermanos que nos han precedido...

LOS MISIONEROS EN MINDANAO

INTERROGADA una dignísima persona acerca de la sublevación de Mindanao, y si habían sufrido algún daño los misioneros, dijo lo que sigue el interlocutor:

«Como síntoma consolador es digno de notarse el hecho de que los pueblos han rivalizado en amor á sus Pastores, buscándoles lugares seguros para refugiarse y guardando cuidadosamente todos los objetos de las iglesias y Residencias.

«Como uno de tantos ejemplos, le citaré lo que ocurrió en el pueblo Jasaan.

«El día 7 de Octubre fué de gran alarma para dicho pueblo. Aquél día tuvo lugar el encuentro y derrota de los disciplinarios por las tropas españolas.

«Como que el lugar del combate distaba sólo unas cuatro horas de Jasaan, en este pueblo se temía, y con razón, que los sublevados en su retirada entrasen á saco las viviendas.

«A las tres de la tarde de dicho día los principales del pueblo, preocupándose más de la salvación del misionero que de la suya propia, se dirigieron á casa de éste, y en su pintoresco lenguaje le dijeron que iban á buscarle para ponerle á salvo, llevándole á un lugar muy retirado que ellos habían escogido con gran cuidado, y en donde no sabrían dar, por más que buscasen, los sublevados.

«—*Mientras el Padre cerca, peligro*, decían aquellos sencillos indios, queriendo indicar que mientras el Padre permaneciese en el pueblo, corría peligro de ser víctima preferente de los insurrectos.

«—*Vete. No te faltará nada, pues tenemos todo pensado*, iusistían aquellos agradecidos habitantes.

«Por fin el Padre accedió á sus ruegos. Después de dar sus órdenes oportunas para la guarda de los objetos de la iglesia y de la casa, montó en el caballo que le tenían preparado, y tomando por la calzada que conduce á Tagoloan, llegó al lugar que le habían escogido. No contentos aún los habitantes de Jasaan con tener á su buen Padre á salvo, le arreglaron una cama de cañas para que pudiera pasar la noche lo más cómodamente posible.

«Al Hermano que estaba en Jasaan en compañía del Padre, le buscaron también otro lugar retirado, aunque más cerca del pueblo que el de aquél.

«Afortunadamente, los disciplinarios no entraron en Jasaan. El día siguiente por la tarde el Padre abandonó su retiro dirigiéndose hacia Jasaan. Mas por el camino se encontró otra vez á los principales del pueblo, quienes temiendo todavía por él, le suplicaron que aquella noche no fuese aún á dormir al pueblo, y que, al efecto, le habían buscado otro sitio más cercano.

«No obstante acceder el Padre á estas súplicas, qui-

so llegarse hasta Jasaán, encontrándose su casa y la iglesia completamente vacías. Ni una silla, ni un pedazo de madera dejaron aquellos habitantes, temerosos de que el más insignificante de los objetos del Padre pudiese servir de pasto á la codicia de los sublevados.

«La noche la pasó el misionero, como ya le tengo dicho, en el nuevo y más cercano retiro que le buscaron.

«A las cinco de la mañana del siguiente día se dirigió el Padre directamente á la iglesia, y mandando tocar á Misa tuvo la satisfacción de ver acudir al templo á todos los habitantes de Jasaán, sin distinción de sexos ni edades.

«Terminado el santo Sacrificio, el Padre dijo al pueblo que, como ya había cesado el peligro, podían volver todos los objetos de su pertenencia que guardaban.

«Al instante salieron de la iglesia, volviendo todos cargados al cabo de poco tiempo. Pasó el Padre revista á todos los objetos, y vió que nada faltaba.»

Estas y otras pruebas de sumisión y cariño de aquella gente, prueba la colosal obra que realizan al otro lado del mundo los infatigables misioneros que con su predicación y paciencia han logrado contener durante largo tiempo enormes masas de fieles.

Aunque la Religión y la patria tienen en todo el Archipiélago grandes enemigos, éstos no lograrán con su maldad ni esterilizar la doctrina de Cristo, ni desgarrar la bandera de nuestra nación.

En carta recibida hace muy pocos días se da cuenta del horrible martirio sufrido por un Religioso de la Orden de Santo Domingo. Sorprendieron los insurrectos la población de Llana Hermosa (Bataan), y asaltando la casa del párroco, se apoderaron de él, sacándolo á uno de los arrabales.

Los asesinos comenzaron por quitarle los hábitos, después le cortaron las manos, y echándole una cuerda al cuerpo, le arrastraron más de un kilómetro del pueblo, desangrándose y sufriendo varios insultos y golpes de sus verdugos.

Cortáronle luego ambos pies, y además probaron sus bolos algunas de aquellas fieras en el cuerpo de su víctima, concluyendo por cortarle el cuello lentamente.

El Padre, sin sentido, por no poder resistir tan espantosos sufrimientos, concluyó por morir antes que aquellos salvajes se cansaran de saciar su sangrienta saña.

Mutilaron el cadáver, desprovisto de sus vestiduras, y separando la cabeza del tronco, arrojaron éste á un barrizal destinado á baño de carabaos, y colgaron la cabeza de un árbol, marchándose después tan ufanos de su *hazaña*.

Un monaguillo de la iglesia del pueblo, cuando se alejaron de aquellos lugares los foragidos, recogió la cabeza del mártir, y, llevándola al cementerio del pueblo, dióle cristiana sepultura.

El tronco, encontrado más adelante y reconocido por los médicos, acusa científicamente, según parte facultativo, la verdad de este relato.

El P. David Varas, que este es el nombre del mártir, era de unos treinta y cuatro años, natural de la provincia de Burgos, y una esperanza para su Orden. Fué

sacrificado por los fanáticos é ignorantes salvajes alucinados por las máximas de la Masonería, pues bien dejaron entender durante sus atroces barbaridades que su móvil no era otro que el odio á los Religiosos. Dios le habrá acogido en su seno, y su nombre figurará en el catálogo innumerable de los Mártires que cuenta la gloriosa Orden de Predicadores.

CRÓNICA

España.—Honramos hoy nuestras páginas con el retrato (V. pág. 25) del V. P. Fr. José Areso, menor observante español, y restaurador en nuestro siglo de la Observancia Franciscana en Francia. Fué este insigne Religioso uno de los varones apostólicos de más singular y merecido renombre en nuestra patria, y muy especialmente en sus provincias del Norte, primer teatro de sus trabajos de misionero, hasta que le llevaron á Francia los trastornos revolucionarios de nuestro país, para ser allí el primer elemento de restauración de la Orden Franciscana. La *Vida del V. P. Fr. José Areso*, que escribió en francés el abate Enrique de Surrel, acaba de publicarse en esta ciudad traducida al español por el presbítero D. F. O., con un prólogo del M. R. P. Fr. Jerónimo Aguillo López de Turiso, comisario provincial.

Perú.—El 3 de Agosto de 1896 murió santamente en Ocopa el venerable Religioso franciscano R. P. Fr. Francisco Espoy.

Nació en Tarragona el día 2 de Octubre de 1814, y vistió el hábito franciscano á los dieciséis años de edad, siendo desde el ingreso en la Religión un modelo acabado de virtudes monásticas. Ordenado de sacerdote, ejerció dignamente su sagrado ministerio, dando desde luego señaladas muestras de su actividad y de su celo por la gloria de Dios.

La Revolución le arrojó del suelo patrio con muchos otros franciscanos, y el P. Espoy se dirigió á Italia. Vivió durante algunos años en el convento de Amelia, donde renovó su fervor, y afianzó su alma en el espíritu de oración, de recogimiento y silencio, de suavidad y dulzura, de compostura y modestia angelical.

La Providencia le condujo después á la América, para ser allí padre y maestro de innumerables apóstoles. Vivió largo tiempo en el retirado convento de Ocopa, y en él dirigió la Comunidad durante quince años en cinco períodos en que ejerció el cargo de guardián. Fué el alma de aquella respetable Corporación, que por su constante é incansable laboriosidad se ha hecho acreedora al aprecio general en el Perú.

Los Religiosos no habían menester sino la presencia de aquel venerable sacerdote, ejemplar acabado de todas las virtudes, para hacerse cargo de sus respectivos deberes, para comprender la alteza del estado religioso, para vencerse á sí mismos, practicando las máximas evangélicas que él les enseñaba.

Cuanto más se concentró la vida del P. Francisco Espoy en el retiro de Ocopa, tanto mayor fuerza de expansión ejerció su espíritu de hombre apostólico, que informando de vida celestial á muchos sacerdotes al calor del fuego que ardía en su pecho, los enviaba, no sólo á los pueblos de la República, sino á los de otros muchos países, á ejercer el ministerio de la palabra y de la caridad, instruyendo á los pueblos, moralizándolos, llevando la luz de la civilización y la caridad evangélica á las tribus salvajes, empleándose do quiera en bien de sus semejantes.

El perfume de las virtudes de aquel varón santo llegó á muchos otros conventos; todos hablan de su profunda humildad, de su modestia, de su regularidad, de su extraordinaria y prodigiosa exactitud en el cumplimiento de sus deberes diarios, y en la práctica constante é inalterable de sus piadosos ejercicios.

Coronó su vida con la preciosa muerte del justo á los ochenta y dos años de edad.

Cura Cautín (Chile).—El R. P. Fr. Leonardo Burgos, misionero apostólico, da razón de sus recientes trabajos apostólicos en los siguientes términos:

«El 2 de Marzo salimos á dar una Misión á Lonquimay, lugar el más hermoso y pintoresco que hayamos visto en toda la frontera. Es un delicioso valle, de unas diez leguas de ancho por una de largo, atravesado en toda su longitud por el río de su nombre, y la sola contemplación de su bello panorama arranca al hombre de fe un himno de alabanzas al Autor de lo sublime y de lo bello. Nosotros las tributamos muy rendidas, ya que el mismo Autor de la naturaleza nos regalaba con tan precioso cuadro como el que á nuestra vista se ofrecía, después de algunas leguas de jornada.

«Habitan este lugar algunas familias españolas y no pocos indígenas. Tan pronto llegamos empezamos nuestra Misión con regular asistencia del vecindario. Mi compañero, el P. Bernardo Muñoz, se separó de mí al día siguiente, prolongando sus excursiones hasta llegar á la división territorial con la república Argentina, que es también por el Oriente el término de nuestra Misión. Recorrió el fuerte de Lincura en todas direcciones, y avanzó hasta la laguna de Gualletué, á cuyas orillas lo sorprendió una noche que hubo de pasar á toda intemperie, recibiendo un inesperado baño de fuerte lluvia por la mitad de la misma noche, sin tener donde refugiarse, ni poder tampoco, por la mucha obscuridad, emprender la retirada hasta despuntar la aurora de siguiente día.

«Esta expedición del P. Muñoz, tenía por objeto recorrer toda la extensión del territorio de nuestra Misión, y buscar á los indígenas por él diseminados. Su empresa dió magníficos resultados: bautizó buen número de párvulos, y citó á los adultos al lugar de nuestra Misión. Muchos de éstos asistieron á las distribuciones religiosas, pero por no haber podido disponer de más de doce días para esta Misión, sólo tuvimos el consuelo de bautizar catorce de ellos, que alcanzaron á instruirse suficientemente. El bautizo de estos catorce indígenas, de setenta españoles y un matrimonio de indígenas, fué el resultado de nuestra Misión.

«En medio de nuestros continuos trabajos y desvelos, es consolador para el misionero verse alentado y estimulado por las personas de fe y verdaderamente piadosas. Antes de terminar quiero pagar este doble tributo de reconocimiento y gratitud á una distinguida, piadosa y noble matrona de Santiago, que se ha constituido protectora de esta Misión con su óbolo de caridad: la señora Emiliana Subercaseaux, viuda de Concha y Toro. He aquí, entre otros obsequios, los valiosos objetos sagrados que nos ha regalado: una bellísima imagen del Sagrado Corazón de Jesús, una rica custodia, un Niño Dios preciosísimo, un *Via Crucis*, un juego de candeleros de plata y un Cristo del mismo metal, un incensario, dos lindos manteles de lujo para altar, un ornamento blanco completo con varios amitos y purificadores, cuatro floreros y dos palmatorias. También me regaló la historia sagrada en cuadros para facilitar el estudio de los niños.

«Dios Nuestro Señor retribuirá dádiva tan generosa; toda ella hecha en bien de sus pequeñitos indígenas, en beneficio de los cuales redundan obras de caridad como éstas.»

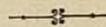
Brasil.—Es muy consolador el movimiento católico que se va desarrollando en esta nación. Por do quiera se levantan templos, se fundan colegios, hácese predicaciones, despiértase el espíritu católico, que por mucho tiempo había estado como alejargado. En Río Janeiro comenzó poco ha una excelente publicación bimensual, llamada *Revista Católica*, la cual, tanto en la parte doctrinal como en la de noticias, deja completamente satisfechos los deseos de los lectores más exigentes. También ha aparecido en este mismo año *O Mensajeiro do Sagrado Coração de Jesus*, que dirigen y redactan los Padres Jesuitas del colegio de Itú, en este mismo Estado, con el objeto que tal Revista tiene en todos los países en donde se publica. Sin movernos de este mismo Estado, encontramos, á más de las publicaciones indicadas, *A Luz de Aparecida*, que se edita junto al santuario de la Virgen de este nombre, y es como el eco de aquel importante santuario, célebre en todo el Brasil. En Pedreiras, población de escasa importancia, hay un seminario, *A Estrella Polar*, digno de su nombre, porque incesantemente con sus artículos antimasonicos parece señalar el derrotero á los que corren peligro de naufragar en este piélago de las modernas sociedades.

Otras muchas obras católicas van surgiendo ó se van desarrollando merced al impulso que á ellas dan los Prelados actuales, quienes, por la divina misericordia, están sin duda á la altura de su divina misión. Y como éstos en los últimos tiempos han aumentado en número de seis, y entre ellos un Arzobispo, y son elegidos directamente por la Santa Sede, sin intervención del Gobierno, escógenese los que son verdaderamente dignos, y cada uno de ellos es un nuevo apóstol de su diócesis.

Noticias varias.—Al Vaticano llegan noticias consoladoras de conversiones de notables personajes ingleses protestantes, especialmente de ministros de la Iglesia anglicana, á causa de las recientes decisiones emanadas de la Santa Sede sobre la no validez de las órdenes anglicanas.

—Según un informe de Mons. Stephan, los ilustrísimos señores Arzobispos de los Estados Unidos decidieron en su última reunión, que se deben mantener á toda costa las escuelas católicas para indios. Se nombró al Sr. Arzobispo Kain de San Luis para entablar negociaciones con la *French Mission Society*, pues se propuso que las colectas para las escuelas indias se hicieran por los sacerdotes según el plan seguido en Francia.

VARIEDADES



POBLACIÓN DE MINDANAO (FILIPINAS)

Los habitantes de color de Mindanao son *aetas* ó negros, *malayos*, *manobos*, *mandayas* y otras varias razas que citaremos oportunamente.

Los primeros, refractarios á la civilización, huyen de las poblaciones, haciendo vida errante y vagabunda por el interior del país. Los segundos son más susceptibles de sociedad.

Entre los mismos malayos unos viven en el bosque y son salvajes; otros son mahometanos, otros cristianos.

Describiremos brevemente algunas razas.

Malayo mahometanos.—Puede calcularse su número en 200,000. Son desconfiados, suspicaces y altivos. Dificilmente se consigue que sean precisos en sus conversaciones y que cumplan sus tratos, que eluden con mil subterfugios. La *bichara* ó conversación les entretiene agradablemente horas y horas.

Son perezosos y muy poco aficionados al trabajo. Por regla general son de pequeña estatura, de miembros endebles; su color es pardo cobrizo.

Usan un pañuelo arrollado á la cabeza dejando descubierta la coronilla, y con la punta de aquél sobresaliendo por un extremo; chaquetilla de tela blanca ó de colores oscuros que apenas llega á la cintura, y en vez de calzones gastan el *patadeón*, que les cubre las piernas hasta las rodillas, y va sujeto á la cintura por una faja.

Todos van descalzos, á excepción de los *datos* y señores, que usan babuchas.

Las mujeres, muy poco agraciadas, visten un sencillo traje talar sujeto por debajo del pecho.

Hombres y mujeres suelen andar completamente desnudos hasta los diez años.

Su gobierno es patriarcal y despótico. El jefe de familia ejerce autoridad completa sobre todos los miembros de ella, incluso los de sus *sácopes*.

Las mujeres pueden también reinar.

Hay *sultanes* y *datos*.

Los primeros ejercen autoridad sobre grandes comarcas, y gobiernan con el Consejo de varios datos, pero no son obedecidos por éstos sino en asuntos de común interés.

El sultán y los datos tienen sáopes ó súbditos y esclavos, que son los que constituyen su principal riqueza, pues cuidan sus haciendas, les surten de perlas, por cuya pesca perecen muchos de ellos prematuramente, y se baten á sus órdenes en las guerras, estando su vida y el honor de sus mujeres é hijas á merced del capricho de su dueño.

La poligamia existe de hecho, pero sólo entre los ricos que pueden sostener varias mujeres.

Los sultanes y datos tienen serrallos, si bien no son muy celosos de sus concubinas, ni éstas grandes portentos de belleza.

En cada ranchería hay un *pandita* ó sacerdote, cuyo traje y turbante es blanco.

La ocupación del *pandita* se reduce á leer el Corán, cuyos ejemplares tienen en gran estima. Algunos datan del siglo XVI, constituyendo verdaderas joyas bibliográficas.

Casi todos los *panditas* verifican su peregrinación á la Meca; tienen voz y voto en el Consejo cuando se vantilan asuntos de interés ó de gravedad, y toman parte activa en campaña.

Las armas de los moros, de que nunca van desprovistos, son: el *campilán*, sable largo de ancha hoja muy afilada, y de puño semejante al yatagán indio, con penacho de pelo; el *cris*, machete corto de hoja más estrecha, casi siempre flameada en siete y más ondulaciones, cuyo puño es de marfil, hueso ó madera; puñal de igual forma, y el *bolo*, las flechas y las armas de fuego que pueden proporcionarse.

Los *monteses* forman diversas tribus con diferentes costumbres y dialectos.

Los *negritos* de Mindanao tienen el cabello lacio, á diferencia de los de Luzón, cuyo cabello es ensortijado.

Los *manobos*, raza procedente de la mezcla de negros y malayos, son raquíuticos y poco laboriosos.

Viven en continua lucha con los *tagacaolos*, *bilanes* y *bagobos*, cuyas mujeres é hijas venden cuando en sus guerras logran aprehenderlas. Son hábiles pescadores, manejan la flecha admirablemente, y son muy prácticos en la navegación por el mar de Dávao.

Los *mandayas* tienen las facciones muy regulares y color más claro que los demás salvajes. Se dejan crecer el pelo como las mujeres. Son robustos y más nobles que los manobos. Comercian con los cristianos.

Abrigan una superstición respecto de la paloma silvestre.

Si la paloma (*limoco*) canta por el lado izquierdo al frente del individuo, conseguirá éste lo que pretenda; si canta por el lado derecho, debe prevenirse contra sus enemigos; si por el lado derecho de su espalda, enfermará en breve; si por la parte anterior del pecho, es preciso que retroceda al punto, porque le amenaza inminente riesgo; si oye el canto hallándose al umbral de la puerta de alguna casa, va á ser mordido por un animal dañino; si ocurre estando bajo el tejado, tiene que huir, porque el peligro es inmediato; y

si acontece cuando está entre dos árboles, indica que sus enemigos le preparan alguna emboscada.

Entierran los cadáveres en los huecos que forman las peñas del bosque, y juntamente sus armas, escudo y una *banga* ú olla con morisqueta, á fin de que pueda defenderse con las primeras y alimentarse con la segunda en su viaje.

Los *manguangas*, semejantes á los manobos.

Los *guiangas* y *bagobos*. Viven en las cercanías del volcán Apo; son crueles y antropófagos.

Tagacaolos, *sanguiles* y *bilanes*. Estas razas moran también cerca del volcán Apo, son valientes y susceptibles de fácil civilización. Los hombres se agujerean las orejas, en las que llevan grandes botones de marfil, de los que penden enormes sartas de abalorios.

Aborrecen los latrocinios y el adulterio, delitos que castigan severamente, y poseen varias cualidades recomendables. Cálculanse en 25,000.

Pirulayos.—Habitan en las montañas de Tamontaca, y en las que rodean á la bahía de Illana.

Son más raquíuticos y menos inteligentes que los moros; su traje es incompleto y vario.

Sus mujeres visten con más esmero; algunas usan un sombrero de palma de forma cónica cóncava, de grandes alas; un jubón abrochado por la garganta dejando descubierto el pecho; un faldellín hasta la rodilla, y los brazos y piernas desnudas, pero adornadas con infinito número de anillos que chocan y suenan al andar; cinturón de sortijas de hojadelata, y enormes zarcillos, á cuyo peso se les abre desmesuradamente el pulpejo de la oreja.

Los padres y maridos cuidan poco de la honestidad de sus hijas y esposas.

Subanos.—Moran en la parte occidental de la isla, desde Misamis hasta Zamboanga, en los distritos intermedios de moros y cristianos. Su color es bastante obscuro.

Son de costumbres pacíficas y fáciles de someter, como lo están á los moros del Sibuguey, á pesar de ser éstos menores treinta veces en número á los subanos, y no obstante el odio que éstos les profesan, lo cual demuestra con cuánto más motivo aceptarían el dominio español.

Hablan estas razas diferentes dialectos, predominando el manobo y el mandaya. En algunos puntos ofrece su lenguaje gran mezcla de malayo, moro y visayo.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Raimundo de Lujando, de Calahorra.. . . .	5	ptas.
Pascual Hernández de la Torre, de San Esteban del Valle (Avila).	12	»
José Navarro Salinas, de San Ildefonso.. . . .	5'50	»
Recibido de D. Antonio Oller, como legado testamentario.	250	»
De este mismo señor hemos recibido otras 250 pesetas para las Misiones de Marruecos, que se han remitido á los Padres Franciscanos de Santiago de Galicia.		

Para la Obra de la Propagación de la Fe

José Navarro Salinas, de San Ildefonso.. . . .	2'50	ptas.
--	------	-------

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona